

ANTOLOGÍA DE CUENTOS ORIENTALES

LAS MIL Y UNA NOCHES

ILUSTRADO POR DIEGO MOSCATO





ESTE LIBRO PERTENECE A:

.....

© Eudeba 2014

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Libro de edición argentina

Diseño gráfico: Malena Cascioli

Anónimo

Las mil y una noches : antología de cuentos orientales / Anónimo ; adaptado por Mirta Torres ; ilustrado por Diego Moscato. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eudeba; Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 2014.

96 p. ; 24x16 cm.

ISBN 978-950-23-2346-6

1. Cuentos Clásicos. I. Torres, Mirta, adapt. II. Moscato, Diego, ilus.
CDD 863.928 2

LAS MIL
Y UNA NOCHES

Algunas historias de

LAS MIL Y UNA NOCHES

ANTOLOGÍA DE CUENTOS ORIENTALES

ILUSTRADO POR: DIEGO MOSCATO

ÍNDICE

- PAG. 9 DE CÓMO SHEREZADE EVITÓ QUE EL REY LE
CORTARA LA CABEZA
- PAG. 17 LOS VIAJES DE SIMBAD EL MARINO
- PAG. 39 ALÍ BABÁ Y LOS CUARENTA LADRONES
- PAG. 61 ALADINO Y LA LÁMPARA MARAVILLOSA
- PAG. 89 DE CÓMO SHEREZADE Y EL REY VIVIERON FELICES
- PAG. 93 GLOSARIO

DE CÓMO SHEREZADE EVITÓ QUE EL REY LE CORTARA LA CABEZA



H

ace muchísimos años, en las lejanas tierras de Oriente, hubo un rey llamado Shariar, amado por todos los habitantes de su reino.

Sucedió sin embargo que un día, habiendo salido de cacería, regresó a su palacio antes de lo previsto y encontró a su esposa apasionadamente abrazada con uno de sus jóvenes esclavos. —Ay! —sollozó el rey—. ¡Siento en mi corazón un fuego que quema!—. E inmediatamente ordenó que su esposa y el esclavo fueran degollados.

La muerte de su esposa infiel no calmó el fuego que infamaba el corazón del rey Shariar. Su rostro iba perdiendo el color de la vida y se alimentaba apenas. Ya lo dijo el poeta:

Amigo: ¡no te fies de la mujer; riete de sus promesas!
¡No te confíes, amigo! ¡Es inútil!
Y nunca digas: “Si me enamoro, evitaré las locuras
de los enamorados!” ¡No lo digas!
¡Sería verdaderamente un prodigo ver salir a un hombre
sano y salvo de la seducción de las mujeres!

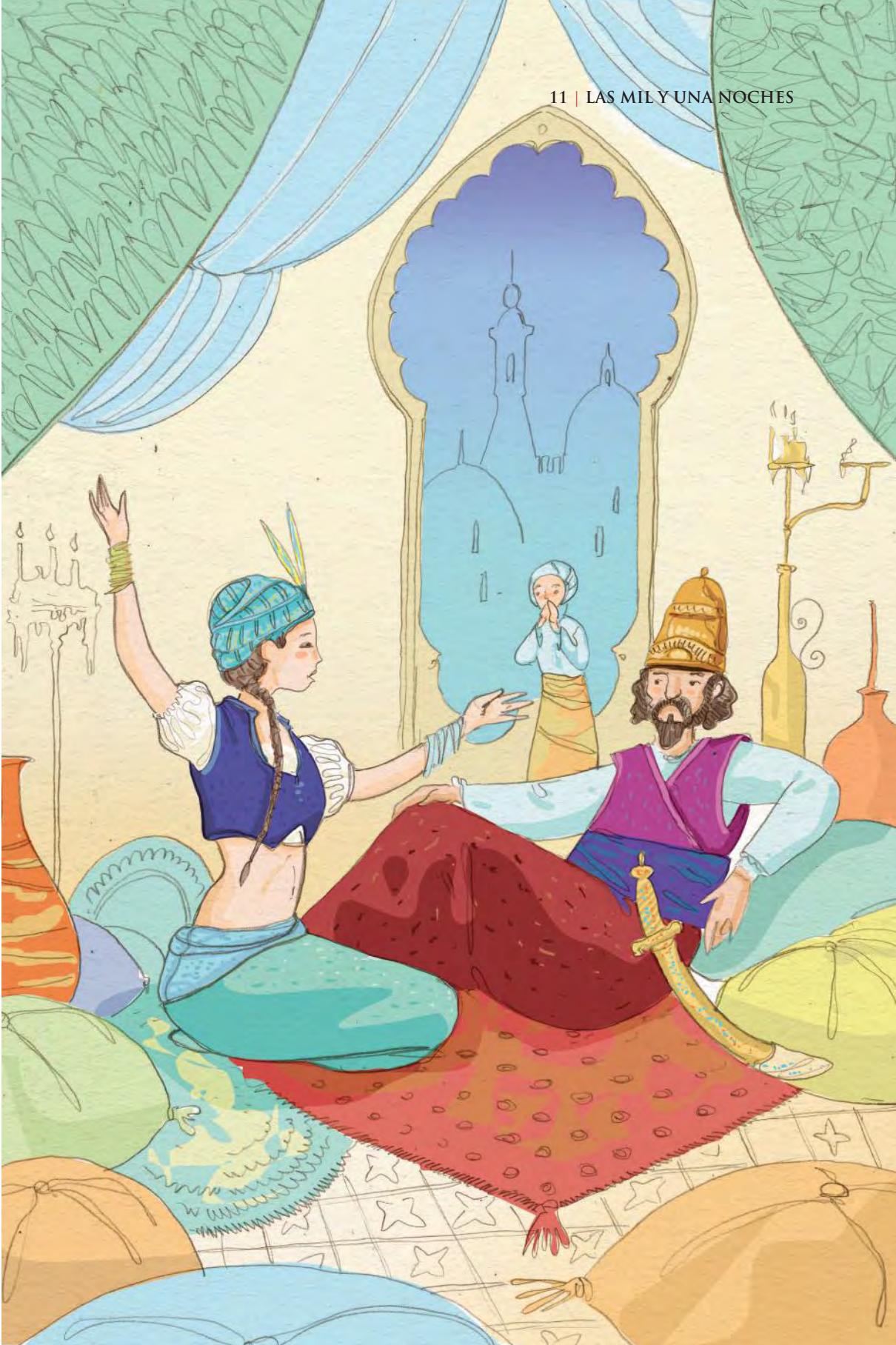
Convocó entonces el rey a su visir y le mandó que cada día hiciera venir a su palacio a una joven doncella del reino. El rey las desposaba pero, con las primeras luces del amanecer, recordaba la infidelidad de su esposa y una nube de tristeza le velaba el rostro. Entonces, hacía decapitar a las doncellas ardiendo de odio hacia todas las mujeres.

Transcurrieron así los años sin que Shariar encontrara paz ni reposo mientras, en el reino, todas las familias vivían sumidas en el horror, huyendo para evitar la muerte de sus hijas.

Un día, el rey mandó al visir que, como de costumbre, le trajese a una joven. El visir, por más que buscó, no pudo encontrar a ninguna y regresó muy triste a su casa, con el alma llena de miedo por el furor del rey: –¡Shariar ordenará esta noche mi propia muerte! – pensó. Pero el visir tenía dos hermosas hijas, la mayor llamada Sherezade y la menor de nombre Doniazada.

Sherezade era una joven de delicadeza exquisita. Contaban en la ciudad que había leído innumerables libros y conocía las crónicas y las leyendas de los reyes antiguos y las historias de épocas remotas. Sherezade guardaba en su memoria relatos de poetas, de reyes y de sabios; era inteligente, prudente y astuta. Era muy elocuente y daba gusto oírla.

Al ver a su padre, le habló así: –¿Por qué te veo soportando, padre, tantas aficiones? –. El visir contó a su hija cuanto había ocurrido desde el principio al fin. Entonces le dijo Sherezade: –¡Por Alah, padre, cásame con el rey! ¡Prometo salvar de entre las manos de Shariar a todas las hijas del reino o morir como el resto de mis hermanas! –. El visir contestó: –¡Por Alah, hija! No te expongas



nunca a tal peligro—. Pero Sherezade insistió nuevamente en su ruego. Entonces el visir, sin replicar nada, hizo que preparasen el ajuar de su hija y marchó a comunicar la noticia al rey Shariar.

Mientras su padre estaba ausente, Sherezade instruyó de este modo a su hermana Doniazada:

—Te mandaré llamar cuando esté en el palacio y en cuanto llegues y veas que el rey ha terminado de hablar conmigo, me dirás: “Hermana, cuenta alguna historia maravillosa que nos haga pasar la noche.” Entonces yo narraré cuentos que, si Alah quiere, serán la causa de la salvación de las hijas de este reino.

Regresó poco después el visir y se dirigió con su hija mayor hacia la morada del rey. El rey se alegró muchísimo al ver la belleza de Sherezade y preguntó a su padre: —¿Es esta la doncella con quien me desposaré esta noche?—. Y el visir respondió respetuosamente: —Sí, lo es.

Pero acabada la ceremonia nupcial, cuando el rey quiso acercarse a la joven, Sherezade se echó a llorar. El rey le dijo: —¿Qué te pasa?—. Y ella exclamó: —¡Oh rey poderoso, tengo una pequeña hermana, de la cual quisiera despedirme!—. El rey mandó buscar a la hermana que llegó rápidamente, se acomodó a los pies del lecho y dijo: —Hermana, cuéntanos una historia que nos haga pasar la noche—.

Sherezade contestó: —De buena gana y con todo respeto, si es que me lo permite este rey tan generoso, dotado de tan buenas maneras—. El rey, al oír estas palabras, como no tenía ningún sueño, se prestó de buen grado a escuchar el relato de Sherezade.

Aquella primera noche, Sherezade empezó a contar la historia del mercader que, en uno de sus viajes por el desierto, cayó en manos de un efrit que quería cortarle la cabeza. El mercader, en su afán por salvar su vida, le contaba al genio maligno tantos relatos maravillosos que llegó el amanecer sin que Sherezade hubiese concluido la historia. Entonces, la joven se calló discretamente, sin aprovecharse más del permiso que le había concedido Shariar. Su hermana Doniazada dijo: —¡Oh hermana mía! ¡Cuán dulces y sabrosos son tus relatos!—. Sherezade contestó:

—Pues nada son comparados con los que os podría contar la noche próxima, si el rey quiere conservar mi vida—. El rey dijo para sí: —¡Por Alah! No la mataré hasta que haya oído el final de su historia—. Y por primera vez en muchos años durmió un sueño tranquilo.

Al despertar, marchó el rey a presidir su tribunal. Y vio llegar al visir que llevaba debajo del brazo un sudario para Sherezade, a quien creía muerta. Pero nada le dijo al rey porque él seguía administrando justicia, designando a algunos para ciertos empleos, destituyendo a otros, hasta que acabó el día. El visir regresó a su casa perplejo, en el colmo del asombro, al saber que su hija había sobrevivido a la noche de bodas con el rey Shariar.

Cuando terminó sus tareas, el rey volvió a su palacio. Al llegar por fin la segunda noche, Doniazada pidió a su hermana que concluyera la historia del mercader y el efrit. Sherezade dijo: —De todo corazón, siempre que este rey tan generoso me lo permita—. Y el rey, que sentía gran curiosidad acerca del destino del mercader, ordenó: —Puedes hablar.

Sherezade prosiguió su relato y lo hizo con tanta astucia que, al llegar la mañana, Doniazada y el rey ya estaban escuchando un nuevo cuento.

En el momento en que vio aparecer la luz del día, Sherezade discretamente dejó de hablar. Entonces su hermana Doniazada dijo: —Ah, hermana mía! ¡Cuán deliciosas son las historias que cuentas!—. Sherezade contestó: —Nada es comparable con lo que te contaré la noche próxima, si este rey tan generoso decide que viva aún—. Y el rey se dijo: —¡Por Alah! no la mataré hasta que le haya oído la continuación de su relato, que es asombroso.

Entonces el rey se entregó al descanso y marchó más tarde a la sala de justicia. Entraron el visir y los oficiales y se llenó el lugar de gente. Y el rey juzgó, nombró, destituyó, despachó sus asuntos y dio órdenes hasta el fin del día. Luego se puso de pie y volvió a su palacio y a su alcoba.

Doniazada dijo: —Hermana mía, te suplico que termines tu relato—. Y Sherezade contestó: —Con toda la alegría de mi corazón.

Y prosiguió con la historia. Como la noche anterior, supo interrumpir su narración justo en el momento más interesante, al llegar el amanecer. El rey, para conocer el desenlace del cuento, decidió postergar nuevamente la muerte de su esposa.

Al llegar el alba de la noche siguiente, cuando Doniazada manifestó cuán interesante había resultado el nuevo relato, respondió Sherezade: –Pero es más maravillosa la historia del pescador.

Y el rey preguntó con curiosidad: –¿Qué historia del pescador es esa?–. –La que os contaré la noche próxima, –señaló Sherezade–, si vivo todavía–. Entonces el rey dijo para sí: –¡Por Alah! No la mataré sin haber oído la historia del pescador, que debe ser verdaderamente maravillosa.

La misma decisión tomó el rey Shariar al día siguiente y en los sucesivos días. Sherezade anunciaría nuevas historias, las interrumpía sabiamente o las entrelazaba de tal modo que el personaje de un cuento contaba un cuento en el que un personaje contaba un cuento... Así, una historia llevaba a la otra en una narración sin fin que iba dejando a la joven un día más de vida, una semana más, un mes, un año tras otro año.

Transcurridas quinientas treinta y seis noches, Sherezade empezó a narrar las aventuras de Simbad el Marino. Y las hazañas de Simbad, ¡gracias sean dadas a Alah!, se enlazaron una con otra durante treinta noches y llegaron a nuestros oídos tal como podréis escucharlas ahora.



LOS VIAJES DE SIMBAD EL MARINO

e llegado a saber, oh rey afortunado, que en tiempos del califa Harún Al-Rachid vivía en la ciudad de Bagdad un hombre llamado Simbad el Faquín. Era pobre y para ganarse la vida transportaba pesados bultos sobre su cabeza de un punto a otro de la ciudad. Un día de calor excesivo pasó por delante de la puerta de una casa que debía pertenecer a algún mercader rico; soplaban allí una brisa gratísima y cerca de la puerta se veía un banco para sentarse. Al verlo, el faquín Simbad dejó su carga y se sentó. Entonces no pudo menos que suspirar y exclamar: “¡Gloria a Ti, oh Alah! Por la mañana, yo, Simbad el Faquín, me levanto agotado del trabajo del día anterior; el propietario de esta mansión, en cambio, disfruta de sus guisos y se rodea de sonidos y aromas delicados. ¡Oh, Alah, quiero creer que gobiernas con sabiduría!” Simbad el Faquín se dispuso a recoger su fardo para marcharse. Pero salió por la puerta un joven sirviente que le tomó la

mano y dijo: –Mi señor ha escuchado tus lamentaciones y te manda llamar. Sígueme.

Simbad se dejó llevar, avergonzado y cabizbajo. El señor de la casa le ofreció los mejores manjares y le dijo: –He sabido que te llamas igual que yo, porque mi nombre es Simbad el Marino. Este bienestar que ves en mi vejez ha sido adquirido después de grandes fatigas. Te contaré la historia de mi vida.

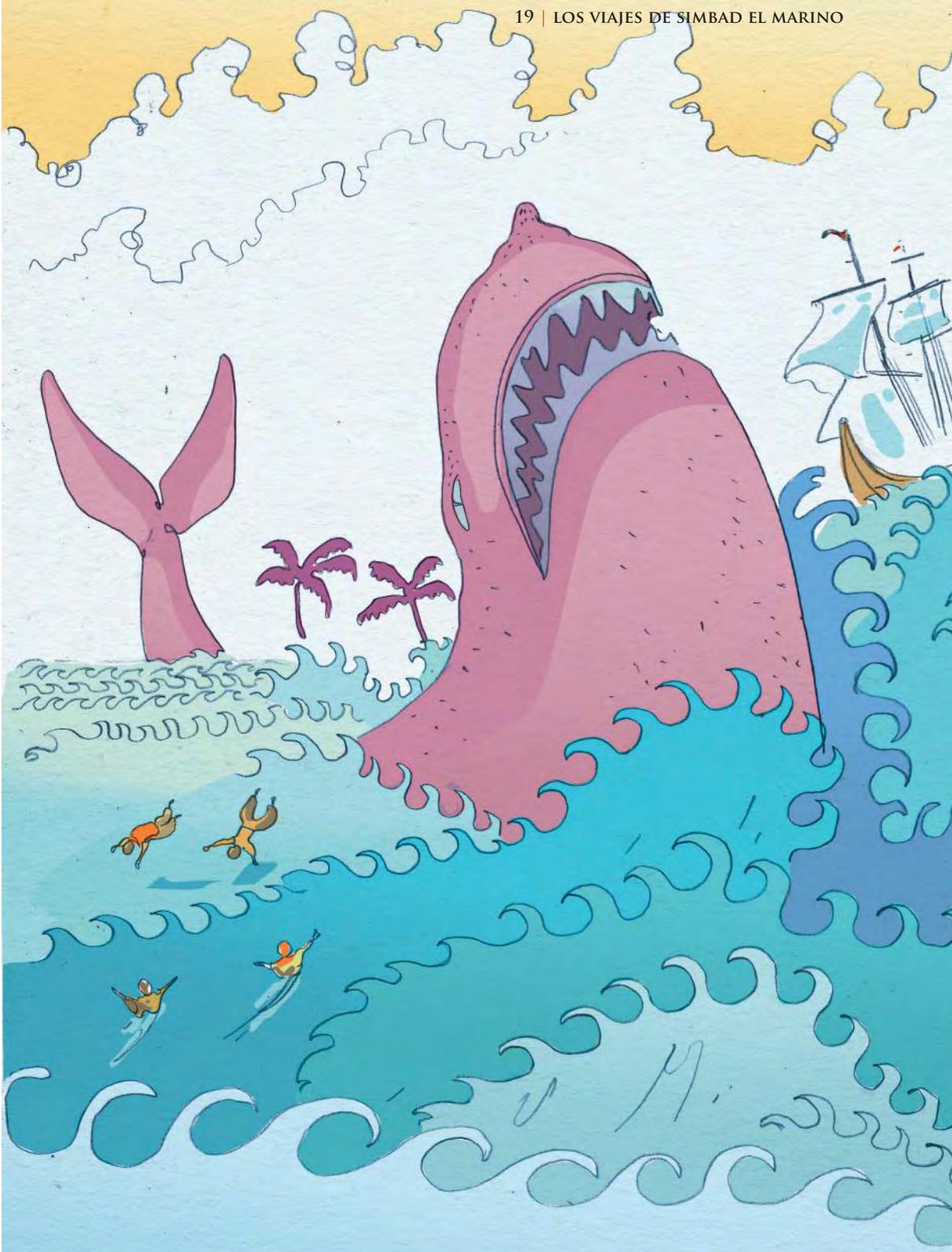
“Has de saber que mi padre fue un rico comerciante. Cuando murió yo era muy joven. Me hice hacer costosos vestidos, me rodeé de servidores e invité a grandes banquetes hasta que un día descubrí que me encontraba a las puertas de la pobreza. Vendí todo lo que me quedaba y adquirí mercancías para salir a comerciarlas. Me embarqué junto con otros y navegamos por el río Basora hasta salir al mar y alejarnos de las costas de la patria.

Navegamos durante días y noches, de mar en mar, de isla en isla, de tierra en tierra y de puerto en puerto. Allí por donde pasábamos, vendíamos y comprábamos obteniendo provecho de nuestro trabajo.

Un día llegamos a una pequeña isla que parecía un jardín. El capitán mandó echar anclas y los comerciantes que íbamos a bordo desembarcamos. Unos decidieron descansar, otros recorrer el lugar y algunos encendieron lumbre para preparar alimentos.

De repente, tembló la isla toda con una ruda sacudida. El capitán, que permanecía en la orilla, empezó a dar grandes voces: –¡Alerta, pasajeros! Esta no es una isla sino un pez gigantesco dormido en medio del mar. La arena se le ha ido amontonando y sobre ella ha crecido el musgo y los árboles. Vuestras hogueras lo han despertado. ¡Abandonad vuestras cosas y salvad vuestras vidas!

Los pasajeros, aterrados, echaron a correr hacia el navío. Algunos pudieron



alcanzarlo, otros no lo lograron porque el enorme pez se había puesto ya en movimiento. Yo me vi de pronto rodeado por las olas tumultuosas que se cerraban sobre los lomos del monstruo. Me aferré a un tronco mientras veía alejarse al navío con aquellos que habían logrado alcanzarlo, ¡que Alah los perdone!

Me senté sobre el tronco y remé con brazos y piernas a favor del viento. Así pasé un día y dos noches hasta que el viento y las olas me arrastraron a las orillas de una isla. Allí quedé sumido en un sueño profundo hasta que el ardor del sol logró despertarme. Me arrastré hasta una llanura cercana; bebí agua dulce y comencé a alimentarme con los frutos caídos de los árboles. Poco a poco, recobré mis fuerzas. Pasó cierto tiempo, y empezaba a estar harto de tanta soledad. Solía recorrer la orilla del mar a la espera de algún navío que pudiera recogerme. Una mañana, ascendí a una punta rocosa para observar el horizonte y, desde allí, descubrí una vela entre las olas. Desgajé una rama e hice señas con ella lanzando al viento grandes alaridos. Finalmente me vieron y se acercaron a la costa para socorrermee. En la nave, me ofrecieron alimentos y ropa para cubrir mi desnudez y me sentí invadido por un gran bienestar. Al día siguiente, conté mi historia y el capitán se compadeció mucho de mis penas.

—Quisiera serte útil, —me dijo—. Has de saber que llevamos navegando y comerciando muchísimo tiempo. Ahora nos dirigimos a un puerto cercano. Para que no tengas que llegar a tu tierra en tan miserable estado, mi deseo es entregarte los fardos de un mercader que embarcó con nosotros en Basora pero que ha perecido ahogado. Encárgate de vender las mercancías y yo te daré una retribución por tu trabajo; después te dirigirás a Bagdad, preguntarás por la familia del ahogado y les harás llegar el importe de lo que vendas más las mercancías sobrantes.

Al oír estas palabras, miré atentamente al capitán y lleno de emoción pregunté: —¿Y cómo se llamaba ese mercader, capitán?

Él me contestó: —Simbad el Marino!

Grité entonces con toda mi voz: –¡Yo soy Simbad el Marino!

Luego añadí: –Cuando se puso en movimiento el enorme pez a causa del fuego que encendieron en su lomo, yo fui de los que no pudieron ganar tu navío y cayeron al agua. Pero me salvé gracias a un tronco de madera sobre el que me puse a horcajadas hasta alcanzar la costa.

Al escucharme, el capitán exclamó: –¡No hay más poder que en Alah, el Altísimo!–. El capitán me entregó los fardos. Después seguimos navegando hasta llegar al puerto, vendí allí mis mercancías y regresé a Bagdad, donde volví a ver a mi familia y a mis amigos.

Inicié una nueva vida comiendo manjares admirables y bebiendo bebidas preciosas y olvidé las penurias pasadas y los peligros sufridos. Pero mañana, si Alah quiere, les contaré, ¡oh invitados míos!, el segundo de los viajes que emprendí.”

Y Simbad el Marino se encaró con Simbad el Faquín y le rogó que cenase con él. Luego, hizo que le entregaran mil monedas de oro y antes de despedirlo lo invitó a volver al día siguiente.

La segunda noche habló Simbad en estos términos a su convidado:

“Verdaderamente yo vivía la más dulce de las vidas, cuando un día asaltó mi espíritu el deseo de recorrer otros mares, de conocer otras islas y otros hombres. Fui pues al zoco y compré las mercancías que pretendía exportar. Busqué luego un navío hermoso y nuevo, provisto de velas de buena calidad y transporté a él mis fardos.

Navegamos durante días y noches, de mar en mar, de isla en isla, de tierra en tierra y de puerto en puerto. Allí por donde pasábamos, vendíamos y comprábamos obteniendo provecho de nuestro trabajo.



Un día, Alah nos condujo hasta una isla con multitud de árboles de deliciosos frutos y flores olorosas, pájaros cantores y arroyos cristalinos. Yo fui a sentarme a orillas de un arroyo. Me tendí en el césped y dejé que se apoderara de mí el sueño, en medio de la frescura y los aromas del ambiente. Dormí durante muchas horas, tantas que cuando desperté, no encontré a nadie. Me puse a llorar preso de un terror profundo. Desesperado, recorrió la isla en todas direcciones sin poder encontrar huellas humanas. Trepé a un árbol altísimo y, al mirar atentamente, descubrí a lo lejos algo blanco e inmenso. Bajé del árbol y avancé con mucha cautela hacia aquel sitio. Cuando estuve más cerca, advertí que era una inmensa cúpula de blancura resplandeciente, pero no descubrí la puerta de entrada. Mientras reflexionaba, advertí que de pronto desaparecía el sol y el día se tornaba en una noche negra. Alcé la cabeza para mirar las nubes y vi un pájaro enorme, de alas formidables, que volaba tapando el sol y oscureciendo la isla.

Recordé entonces con terror lo que contaban algunos viajeros: que en las islas del sur vivía un pájaro gigantesco de alas descomunales, llamado Roc,



que en su vuelo tapaba el sol y que alimentaba a sus polluelos con elefantes. ¡La cúpula blanca era uno de los huevos que empollaba aquel Roc! El pájaro descendió sobre el huevo, extendió sobre él sus alas inmensas, dejó descansando a ambos lados sus dos patas en tierra y se durmió. Yo quedé debajo de una de sus patas, que parecía más gruesa que el tronco de un árbol aoso. Tomé una decisión: me quité el turbante, lo trencé como una cuerda y me até con ella a la inmensa pata del pájaro Roc. Me dije que no podría sobrevivir en la isla pero que el Roc en su vuelo tal vez me condujera a parajes civilizados.

Al amanecer, el Roc se irguió, lanzó un grito horroroso y se elevó por los aires conmigo colgado de su pata. Atravesó el mar volando por encima de las nubes y después de mucho rato empezó a descender hasta posarse en tierra. Me apresuré a desatarme pero el pájaro no descubrió mi presencia, como si se tratara de alguna mosca o de una hormiga que por allí pasase. El Roc se precipitó a cazar un animal inmenso y se elevó con él entre sus garras nuevamente en dirección al mar. Me dispuse entonces a reconocer el lugar.

Observé que todo el suelo estaba cubierto de diamantes de gran tamaño. Pero vi también que en todas direcciones se desplazaban serpientes gruesas como palmeras y supe que me hallaba al borde de la muerte. Sentí gran pánico y corrí hacia una cueva para salvar mi vida. Entré y cuando me habitué a la oscuridad advertí que lo que a primera vista tomé por una enorme roca negra era una serpiente enroscada sobre sus huevos. Sentí entonces en mi carne el horror de semejante espectáculo. La piel se me encogió como una hoja seca, temblé de terror y caí al suelo sin conocimiento. Así permanecí hasta la mañana. Cuando desperté, y pude convencerme de que no había sido devorado todavía, tuve suficiente aliento para deslizarme hasta la entrada y lanzarme fuera, tambaleándome como un borracho a causa del sueño, del hambre y del terror.

Mientras deambulaba, cayó a mis pies desde las alturas el esqueleto de un buey sacrificado. Los restos de carne estaban frescos y sanguinolentos. Alcé los ojos pero no vi a nadie. Recordé en ese momento lo que se contaba de los buscadores de diamantes: como los buscadores no podían bajar al valle de las serpientes, mataban bueyes o carneros, los desollaban y arrojaban las carcasas a los precipicios, donde iban a caer sobre los diamantes que se incrustaban en ellas profundamente. Entonces llegaban unas enormes águilas para llevarse a sus nidos los restos de los animales como alimento de sus crías. Los buscadores de diamantes se precipitaban sobre ellas lanzando grandes gritos para obligarlas a soltar su presa. Recogían los diamantes adheridos a la carne fresca, abandonaban la res para alimento de las águilas y regresaban a su país.

Me asaltó la idea de que podía tratar aún de salvar mi vida y salir de aquel valle. Me incorporé y comencé a amontonar una gran cantidad de diamantes, abarroté con ellos mis bolsillos, me los introduje entre el traje y la camisa, llené mi calzón y los pliegues de mi ropa. Tras de lo cual, desenrollé la tela de mi turbante, como la primera vez... Luego me introduje en el costillar del buey me até bien fuerte con el turbante a los cuartos traseros y esperé. A mediodía, un águila de gran tamaño se precipitó sobre la presa, la aferró



y la elevó por los aires conmigo escondido en su interior. Noté luego que se posaba en su nido y que empezaba a desgarrarla con grandes picotazos que amenazaban con desgarrar mi propia carne. De pronto, se escuchó un griterío y el sonido de tambores que asustaron al ave y la obligaron a emprender nuevamente el vuelo.

Un grupo de hombres se acercó. Desaté mis ligaduras y salí de la res. Estaba cubierto de sangre de pies a cabeza por lo que mi aspecto debía resultar espantoso. Los hombres se alejaron pero yo grité: —¡No temáis! Soy un hombre de bien.

El propietario del buey se inclinó sobre la carne y la escudriñó sin encontrar allí los diamantes que buscaba. Alzó sus brazos al cielo, diciendo: —¡Qué desilusión! ¡Estoy perdido!

Al verlo, me acerqué a él que exclamó: —¿Quién eres? ¿Y de dónde vienes para robarme mi fortuna?

Le respondí: —No temas nada porque no soy ladrón y tu fortuna en nada ha disminuido. Saqué en seguida de mi cinturón algunos hermosos ejemplares de diamantes y se los entregué diciéndole: —He aquí una ganancia que no habrías osado esperar en tu vida! El propietario del buey manifestó su alegría y me dio las gracias. Pasamos aquella noche en un lugar agradable y yo no cabía en mí de gozo por hallarme otra vez entre personas civilizadas.

Decidí permanecer en compañía de aquellas gentes para viajar por nuevas tierras. Llegué con ellos a una gran isla donde descubrí a un portentoso animal que llaman rinoceronte; el rinoceronte pasta exactamente como pastan las vacas y los búfalos en nuestras praderas. Su cuerpo es mayor que el cuerpo del camello; al extremo del morro tiene un cuerno largo que le sirve para pelear y vencer al elefante, enganchándolo y teniéndolo en vilo hasta que muere. Pero de poco le sirve esa ventaja, ya que no puede desprenderse del cadáver, que empieza a derramar su grasa sobre los ojos del rinoceronte cegándole y haciéndole caer. Entonces el rinoceronte se tiende a morir hasta que llega el pájaro Roc y se lo lleva entre sus garras,

junto con el cadáver del elefante ensartado en su cuerno. Así dispone Alah que se alimenten sus enormes polluelos.

Viví algún tiempo en aquella isla y tuve ocasión de cambiar mis diamantes por más oro y plata de lo que podría contener un navío. ¡Después regresé a Basora, país de bendición, para ascender hasta Bagdad, morada de paz!

Tras los saludos propios del retorno, no dejé de comportarme generosamente, repartiendo dádivas entre mis parientes y amigos, sin olvidar a nadie. Disfruté alegremente de la vida, comiendo manjares exquisitos y bebiendo licores delicados. Pero mañana, ¡oh mis amigos!, os contaré las peripecias de mi tercer viaje, el cual es mucho más interesante que los dos primeros.”

Luego calló Simbad. Los esclavos sirvieron de comer y de beber. Después, Simbad el Marino hizo que dieran cien monedas de oro a Simbad el Faquín, que las recibió dando las gracias y se marchó invocando sobre la cabeza de Simbad el Marino las bendiciones de Alah.

Por la mañana se levantó el Faquín y volvió a casa del rico Simbad como él le había indicado. Simbad el Marino empezó su relato de la manera siguiente:

“Sabed, ¡oh mis amigos!, que con la deliciosa vida que yo disfrutaba desde el regreso de mi segundo viaje, olvidé completamente los sinsabores sufridos y los peligros que corrí, aburriéndome de permanecer en Bagdad. Así es que mi alma deseó con ardor reemprender los viajes y el comercio. Adquirí ricas mercancías y partí de Bagdad para Basora. Allí me esperaba un gran navío y no bien me encontré a bordo, nos hicimos a la vela con la bendición de Alah para nosotros y para nuestra travesía.

Navegamos durante días y noches, de mar en mar, de isla en isla, de tierra en tierra y de puerto en puerto. Allí por donde pasábamos, vendíamos y comprábamos obteniendo provecho de nuestro trabajo.

Un día, estábamos en alta mar cuando de pronto vimos que el capitán del navío se golpeaba con fuerza el rostro y se arrancaba los pelos de la barba. Al verlo en ese estado, lo rodeamos preguntándole: —¿Qué pasa, capitán?

Contestó: —Mi corazón tiene presentimientos de muerte. Estamos a merced de un viento contrario que nos ha desviado de la ruta. La tempestad está sobre nosotros.

Por desgracia, no tardamos en ver que se cumplían los presentimientos del capitán. El viento azotó las velas, las olas cortaron las amarras y dañaron el timón. Impulsado por el viento, el navío se precipitó contra la costa y encalló. La mayoría de nosotros se apresuró a descender y permanecimos largo rato contemplando desde la playa los restos del navío. Los árboles frutales y el agua dulce que abundaban en el lugar nos permitieron recobrar un tanto nuestras fuerzas. Al amanecer, nos pareció ver entre los árboles un edificio muy grande y avanzamos hasta acercarnos a él. Descubrimos que era un palacio de mucha altura, rodeado por sólidas murallas con una gran puerta de ébano de dos hojas. Como esta puerta estaba abierta, la franqueamos y penetramos en una inmensa sala. Extenuados de fatiga y miedo, nos dejamos caer y nos dormimos profundamente. Ya se había puesto el sol, cuando nos sobresaltó un ruido estruendoso. Desde el techo, vimos descender ante nosotros a un ser con rostro humano, alto como una palmera, de horrible aspecto. Tenía los ojos rojos como dos tizones inflamados, dientes salientes como los colmillos de un cerdo, una boca enorme como el brocal de un pozo. Sus labios le colgaban sobre el pecho y sus oscuras manos tenían uñas ganchudas cual las garras del león.

A su vista, nos llenamos de terror. Él fue a sentarse contra la pared y desde allí comenzó a examinarnos en silencio uno a uno mientras encendía gran cantidad de leña en el hogar que había en aquella sala. Tras de ello, se adelantó hacia nosotros, fue derecho a mí, tendió la mano y me tomó de la nuca. Me dio vueltas pero no debió encontrarme de su gusto porque me dejó, echándome a rodar por el suelo, y se apoderó del capitán del navío.



Eligió al capitán porque era un hombre robusto. Lo mató de un solo golpe, lo ensartó en un asador de hierro y lo asó como a un pollo dorándolo en las llamas de la hoguera.

Concluida su comida, el espantoso gigante se tendió sobre el piso y no tardó en dormirse, roncando igual que un búfalo. Y permaneció dormido hasta la mañana. Lo vimos entonces levantarse y alejarse como había llegado. En cuanto se marchó, todos estallamos en llanto considerando la forma horrorosa en que moriríamos.

Anochecía cuando la tierra volvió a temblar bajo nuestros pies y apareció nuevamente aquel ser gigantesco, que volvió a repetir las maniobras de la tarde anterior. Sin embargo, cuando después de haber dormido se alejó nuevamente, uno de los marineros dijo: – ¡Escuchadme compañeros! ¿No creéis que vale más matar a este gigante que dejar que nos devore? ¡Antes de matarlo, construyamos una balsa con las ramas que cubren la playa; aunque la balsa naufrague y nos ahoguemos, habremos evitado que el monstruo nos asesine!

Todos exclamamos: –¡Por Alah! ¡Es una idea razonable! Al momento nos dirigimos a la playa y construimos la balsa, en la que tuvimos cuidado de poner algunas frutas y hierbas comestibles. Al anochecer, volvimos al palacio para esperar temblando al gigante. Todavía debimos observar sin un murmullo cómo ensartaba y asaba a uno de nuestros compañeros. Pero cuando se durmió y comenzó a roncar nos aprovechamos de su sueño.

Escogimos dos de los inmensos asadores de hierro en los que ensartaba a sus víctimas y los calentamos en la hoguera hasta que estuvieron al rojo vivo; los empuñamos luego fuertemente por el extremo frío y –como eran muy pesados– llevamos cada uno entre varios. Nos acercamos a él y entre todos hundimos a la vez los asadores en ambos ojos del gigante dormido y apretamos con todas nuestras fuerzas para dejarlo ciego.

Debió sentir un dolor terrible porque el grito que lanzó fue tan espantoso que nos hizo rodar por el suelo a gran distancia. Saltó él a ciegas y, aullando

y corriendo en todos sentidos, intentó atrapar a alguno de nosotros. Pero habíamos tenido tiempo de tirarnos al suelo de bruces a su derecha y a su izquierda, de manera que a cada manotazo sólo encontraba el vacío. Acabó por dirigirse a tientas a la puerta y salió dando gritos espantosos.

Nos lanzamos entonces a la balsa que habíamos construido y empezamos a remar con las ramas más fuertes. El gigante, adivinando nuestra presencia, empezó a arrojar hacia el mar inmensas rocas que levantaban altas olas al caer con estrépito en las aguas. La balsa se inclinó y algunos de los marineros cayeron al mar. Sólo tres de nosotros permanecimos a flote, a merced del viento y las olas, hasta que una brisa nos acercó a una isla y en ella descendimos.

Junto con mis compañeros, nos alimentamos de hierbas y frutos durante algunos días, pero al poco tiempo una barca de pescadores que se acercó a las costas nos recogió y en ella llegamos a una ciudad de altos edificios cercana al mar. La llamaban la Ciudad de los Monos. Eran buena gente, pero la vida allí no era fácil pues los bosques que rodeaban la ciudad estaban habitados por multitud de monos que por las noches invadían en bandadas el lugar. Para salvar sus vidas, los habitantes debían descansar en sus barcas y regresar a sus casas al amanecer, cuando los monos volvían al bosque.

Permanecimos pues durmiendo en la barca que nos había recogido. Un día, el dueño me dijo: -¿Eres pescador? ¿Tienes oficio?

Le respondí que sólo sabía comprar y vender mercancías pero que había perdido todos mis bienes en un naufragio. Entonces, me entregó una bolsa y me dijo: -Toma esta bolsa, llénala de guijarros, ve con estos hombres y haz todo lo que ellos hacen. Conseguirás de ese modo dinero para pagar el pasaje que te lleve a tu patria.

Hice lo que me indicó; salí de la ciudad con un grupo de hombres cada uno de los cuales llevaba al hombro una bolsa cargada de guijarros. Nos encaminamos a un valle de altísimas palmeras plagadas de monos. Los

hombres empezaron a lanzarles las piedras que habían hasta allí habían llevado; yo hice lo mismo. Los monos respondieron lanzándonos cocos. Con ellos, todos volvimos a llenar nuestras bolsas y regresamos a la ciudad. Ese fue mi trabajo durante muchos días, hasta que almacené gran cantidad de cocos y vendí otros tantos. Por fin, un día, agradecí al dueño de la barca todos los favores que me había dispensado y embarqué junto con mi gran cargamento de cocos en una nave que acertó a pasar por allí.

En todas las islas donde nos deteníamos, cambiaba mi mercancía por otros productos. Obtuve primero canela y pimienta y cambié luego parte de estas especias por madera de China. En los mares perleros, entregué esa excelente madera y recibí a cambio muchas perlas de incalculable valor.

Y Alah permitió que luego de *navegar durante días y noches, de mar en mar, de isla en isla, de tierra en tierra y de puerto en puerto*, llegara a Basora más enriquecido que nunca. Entonces, regresé a mi antigua vida en Bagdad.”

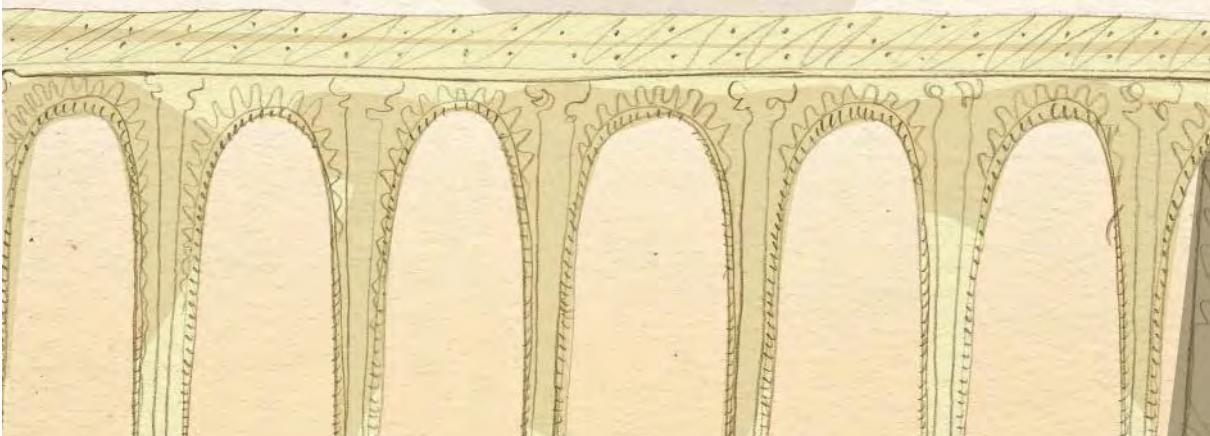
Como las otras noches, Simbad el Faquín recibió cien monedas de oro y marchó a su casa, donde descansó hasta la mañana siguiente.

—Sabed, compañero y hermano mío, —dijo Simbad el Marino aquella mañana—, que no escarmenté fácilmente. Pretendí aprender de mis desventuras pero, como los que te he contado, emprendí en total siete viajes. Mi nombre adquirió cierta fama entre los navegantes que acudían a consultarme cosas relativas al comercio, a los mares y a las islas. El califa llegó a escuchar mi historia y ordenó a los cronistas que la escribieran y la depositaran en la biblioteca del palacio para que sirviera de instrucción a quienes la leyeron. Estuve ausente de mi patria veintisiete años y sólo entonces me arrepentí ante Alah de mi manía viajera y le di gracias por haberme devuelto a mi familia y a mi patria. Y aquí tienes, Simbad el Faquín, la historia de mi vida.



El Faquín dijo: -¡Por Alah, hermano de nombre, no me reprendas por pensar que habías adquirido fácilmente tus riquezas!

Simbad el Marino mandó poner el mantel y dio un festín que duró largas noches. Y después invitó a permanecer a su lado, como mayordomo de su casa, a Simbad el Faquín. Y ambos vivieron fraternalmente hasta que fue a visitarlos la que destruye las alegrías, la amarga muerte.





Cuando Sherezade acabó de contar la historia de Simbad el Marino se calló, sonriendo.

Entonces la pequeña Doniazada se levantó de la alfombra en que estaba acurrucada y dijo a su hermana: —Oh, Sherezade, hermana mía! ¡Qué terrible, prodigioso y temerario era Simbad el Marino!

Y Sherezade sonrió y dijo: —No creas, ¡oh rey afortunado!, que todas las historias que has oído hasta ahora pueden valer tanto como la historia de Alí Babá, que me reservo para la noche próxima, siquieres.

Entonces el rey Shariar dijo para sí: —No la mataré hasta después!

Entonces Sherezade sonrió y dijo: —Cuentan que...

Pero en este momento vio aparecer la mañana y se calló, discreta.

ALÍ BABÁ Y LOS CUARENTA LADRONES



ecuerdo, ¡oh rey afortunado!, que en tiempos muy lejanos, en una ciudad entre las ciudades de Persia, vivían dos hermanos;

uno se llamaba Kasín y el otro Alí Babá. Cuando el padre de Kasín y de Alí Babá murió, los dos hermanos se repartieron lo que les dejó en herencia, tardando poco en consumirlo y encontrándose, de la noche a la mañana, con las caras largas y sin pan ni queso.

El mayor, que era Kasín, temiendo morir de hambre, no tardó en casarse con una joven que tenía plata. De esta manera, además de una esposa, el joven tuvo una tienda en el centro del mercado. Tal era su destino y así se cumplió.

En cuanto al segundo, que era Alí Babá, como no era ambicioso, se hizo leñador, ahorró algún dinero y lo empleó en comprar un asno, después otro y

más tarde un tercero. Todos los días los llevaba al bosque y los cargaba con la leña que antes él mismo había traído sobre sus espaldas. Siendo propietario de tres asnos, Alí Babá inspiraba confianza a las gentes de su oficio, todos pobres leñadores, y uno de ellos le ofreció a su hija en matrimonio. Alí Babá tuvo de su esposa dos hijos y todos vivían modestamente del producto de la venta de leña.

Un día en que Alí Babá estaba en el bosque ocupado en abatir a hachazos un árbol, el destino decidió modificar su vida. Primero se oyó un ruido lejano que se aproximaba rápidamente. Alí Babá, que detestaba las aventuras y las complicaciones, se asustó al encontrarse solo con sus tres asnos en medio de aquella soledad. Trepó sin tardanza a la copa de un árbol que se elevaba en la cima de un pequeño monte desde el que se dominaba todo el bosque. Así, oculto entre las ramas, pudo observar qué era lo que producía aquel estruendo. ¡Y bien que lo hizo! Una tropa de caballeros, armados hasta los dientes, avanzaba al galope hacia donde él se encontraba. Al ver sus semblantes sombríos y sus barbas negras que los hacían semejantes a cuervos, no dudó que eran bandoleros, salteadores de caminos de la peor especie. Girando estuvieron por unos momentos los bandidos al pie del monte rocoso donde Alí Babá estaba escondido; a una señal de su jefe echaron pie a tierra, ataron sus caballos a los árboles y recogieron las alforjas cargándolas sobre sus espaldas. Tan pesadas eran que los bandidos caminaban encorvados bajo su peso. Uno detrás de otro pasaron bajo Alí Babá, que así pudo fácilmente contarlos y ver que eran cuarenta, ni uno más ni uno menos.

Cuando llegaron ante una gran roca que había al pie del monte, todos se detuvieron. El jefe, que era el que iba a la cabeza, se paró frente a la roca y con voz retumbante exclamó: —¡Ábrete, sésamo!—. Al momento la roca se entreabrió, el jefe se apartó un poco para dejar pasar a sus hombres y cuando hubieron entrado todos él mismo entró y exclamó con voz autoritaria: —¡Ciérrate, sésamo!—. La roca volvió a su sitio y Alí Babá se cuidó mucho de hacer el menor movimiento, a pesar de la inquietud que sentía por el

paradero de sus asnos abandonados en medio del bosque. Los cuarenta ladrones reaparecieron luego de oírse un ruido subterráneo, parecido a un terremoto lejano. Cada uno de ellos –con las alforjas vacías en la mano– se dirigió a su caballo, colocó las alforjas en la grupa y montó sobre su silla. Antes de partir, el jefe se volvió hacia la entrada de la caverna, y, en voz alta, pronunció la fórmula: –¡Ciérrate, sésamo!–. Y las dos mitades de la roca se juntaron. Los bandoleros con sus semblantes sombríos y sus barbas negras marcharon por el mismo camino por el que habían venido.

En cuanto a Alí Babá, la prudencia hizo que permaneciese algún tiempo en su escondite, a pesar del deseo que sentía de ir a recuperar sus asnos, diciéndose: –Estos terribles bandoleros pueden haber olvidado alguna cosa en su cueva, volver de improviso sobre sus pasos y sorprenderme aquí–. Los siguió con la mirada hasta que se perdieron de vista y recién entonces decidió bajar del árbol con mil precauciones.

Una vez en el suelo, avanzó hacia la roca, reteniendo la respiración y de puntillas. Una enorme curiosidad lo empujaba. El leñador inspeccionó la roca de arriba abajo y encontrándola lisa y sin ranura alguna por la que pudiese meter una aguja, se dijo: –¡Sin embargo, por aquí he visto con mis propios ojos desaparecer a los cuarenta ladrones!

Después, olvidando sus temores, Alí Babá dijo: –¡Ábrete, sésamo!–. A pesar de que pronunció las palabras mágicas con voz insegura, la roca se abrió. Alí Babá vio una gran galería que conducía a una sala y que recibía luz por medio de aberturas practicadas en lo más alto. A lo largo de los muros vio fardos de seda y brocado, grandes cofres cargados hasta los bordes de monedas y lingotes de plata y de dinares de oro. El suelo estaba hasta tal punto cubierto de vasijas llenas de oro y joyas, que el pie no sabía dónde posarse, temeroso de estropear algún valioso objeto. Cuando se recuperó en parte de su asombro, el leñador se dijo: –¡Por Alah! Alí Babá, de repente aprendes fórmulas mágicas y haces abrir puertas de piedra que dan acceso a cavernas cargadas de riquezas acumuladas en el lugar por generaciones de





ladrones. De ahora en adelante, podrás hacer que el oro del robo proteja a tu familia de necesidades y privaciones.

Habiendo tranquilizado de este modo su conciencia, Alí Babá buscó por allí varios sacos y los llenó de dinares y otras monedas de oro. Cargándolos uno a uno sobre sus espaldas, los llevó hasta la entrada de la caverna y, dejándolos en el suelo, se dirigió a la salida. Allí dijo: —¡Ábrete, sésamo!—. Alí Babá corrió a buscar sus asnos y los cargó con los sacos, que tuvo buen cuidado de ocultar con haces de leña encima, y cuando acabó su trabajo pronunció la fórmula de cierre, se colocó ante sus asnos cargados de oro y los animó a echar a andar hasta llegar a su casa.

—¡Oh, marido! ¿Qué es lo que traes en esos sacos tan pesados? —exclamó la esposa de Alí al verlo—. Alí Babá respondió: —¡Oh, mujer! ¡Ayúdame a esconderlos!—. La esposa del leñador, dominando su curiosidad, le ayudó a llevarlos, uno tras otro, al interior de la casa. Luego, no pudo contenerse más y vació uno de los sacos sobre la tierra. Sonoras carcajadas de oro iluminaron con millones de reflejos la pobre habitación del leñador que aprovechó el momento de espanto de su mujer para contarle su aventura desde el comienzo hasta el fin.

Cuando la esposa escuchó el relato sintió en su corazón una gran alegría y al instante comenzó a contar los dinares. Alí Babá, riéndose, le dijo: —¿Qué haces? ¡Ayúdame a cavar una fosa en nuestra cocina para que este tesoro quede oculto sin dejar rastro—. La mujer respondió: —No puedo permitir que entierres este oro sin antes haberlo pesado o medido. Te suplico, permíteme ir a buscar una medida y lo mediré en tanto que tú cavas la fosa. —¡Sea! —respondió el leñador—, pero ¡guárdate mucho de divulgar nuestro secreto!

La esposa de Alí Babá salió a pedir una medida a la esposa de Kasín, el hermano de su marido, cuya casa no estaba muy lejos. Entró, pues, en la casa de la parienta rica que nunca invitaba a comer a su casa al pobre Alí Babá y que nunca había enviado la más pequeña golosina a sus hijos, como hacen las gentes muy ricas para regalar a los hijos de la gente muy pobre.



Después de los saludos, le pidió prestada una medida. Cuando la esposa de Kasín oyó la palabra medida se sorprendió mucho ya que sabía que Alí Babá y su mujer eran muy pobres y no podía comprender para qué necesitarían aquel utensilio. Con gran curiosidad le dijo: –¿La medida la quieres grande o pequeña?–. La esposa del leñador respondió: –La más grande que tengas.

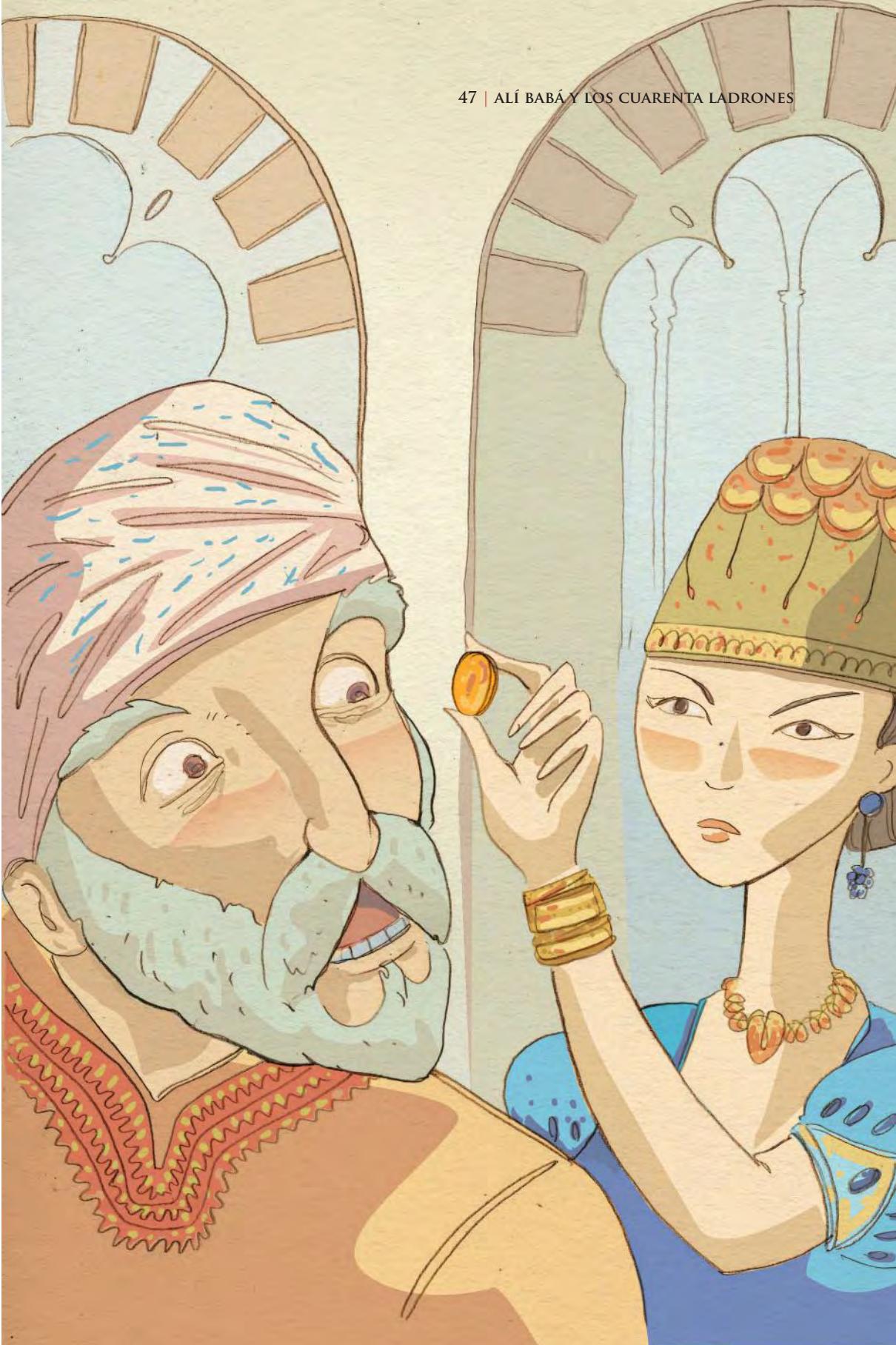
La esposa de Kasín fue a buscar la medida. Pero queriendo saber qué clase de grano iban a medir en ella, echó una capa de sebo sobre el fondo y las paredes. Después, se la entregó a su pariente.

La mujer de Alí Babá regresó a su casa. Una vez en ella, puso la medida sobre el montón de oro y después de llenarla la vació un poco más lejos, repitiendo esta operación muchas veces y marcando sobre el muro con un trozo de carbón tantas rayas como veces la llenaba y vaciaba. Alí Babá, por su parte, terminó de cavar la fosa en la cocina y regresó junto a su esposa que le mostró las numerosas rayas de carbón y le encomendó el trabajo de enterrar todo el oro mientras ella iba a devolver la medida. La infeliz no sabía que un dinar de oro estaba pegado al sebo en el fondo de la medida.

En cuanto la esposa de Kasín descubrió la pieza de oro pegada al sebo en lugar de algún grano de haba o avena, se puso pálida de envidia. Se sentía tan furiosa que envió rápidamente a una esclava a buscar a su esposo a la tienda. Cuando el sorprendido Kasín entró en la casa, la mujer puso el dinar ante sus narices y gritó: –¿Lo ves? ¡Pues no es más que lo que les sobra a esos miserables!

¡Tú te crees rico por tener una tienda mientras que tu hermano no tiene más que tres asnos! ¡Desengáñate, Alí Babá no se contenta con contar su oro, tiene tanto que lo mide como si fuese grano!

Al momento Kasín corrió a casa de su hermano y encontró a Alí Babá todavía con el pico en la mano, terminando de enterrar su tesoro y le dijo: –¡Es así como aparentas pobreza para después en tu vivienda piojosa medir el oro como si fueran granos!–. Alí Babá se turbó al oír estas palabras y



respondió: —¡Alah es generoso, hermano mío!—. Y le contó su historia del bosque.

Kasín salió bruscamente resuelto a apoderarse de todo el tesoro de la cueva. A la mañana siguiente, antes que amaneciese, partió hacia el bosque llevando diez mulas. Siguió al pie de la letra las indicaciones de Alí Babá. Al exclamar: —¡Ábrete, sésamo!—, la roca se abrió y Kasín penetró en la caverna, cuya entrada se cerró tras él gracias a la fórmula mágica. Su asombro no tuvo límites a la vista de tantas riquezas y se dijo que para la próxima vez organizaría una verdadera expedición, contentándose esta vez con llenar de oro tantos sacos como pudiese cargar sobre las diez mulas.

Una vez que acabó aquel trabajo, regresó a la galería y dijo: —¡Ábrete, cebada!—. Kasín, turbado por su codicia y estando ocupada su cabeza en sacar los tesoros, había olvidado las palabras que debía decir y la roca permaneció cerrada. Entonces dijo: —¡Ábrete, haba!—, pero la puerta no se abrió, por lo que dijo todos los nombres de cereales y granos que crecen sobre la superficie de los campos: —¡Ábrete, avena!—; mas tampoco se abrió hendidura alguna. Kasín gritó: —¡Ábrete, centeno!—. ¡Ábrete, mijo!—. —¡Ábrete, trigo!—. —¡Ábrete, arroz!—. La puerta de piedra permaneció cerrada. Kasín sólo olvidó un grano, el misterioso sésamo, que era el único que estaba dotado de poderes mágicos.

Cuando los cuarenta ladrones regresaron a su cueva, vieron que diez mulas cargadas con grandes cofres estaban atadas a los árboles. El jefe se decidió a entrar en la cueva y levantando su sable ante la puerta invisible, pronunció la fórmula mágica. Al momento la roca se abrió. Kasín se había escondido en un rincón. Cuando oyó pronunciar la palabra sésamo maldijo su mala memoria y, apenas vio que la puerta se entreabría, se lanzó hacia fuera con tan poca prudencia que chocó contra el jefe de los cuarenta ladrones. Los bandidos se abalanzaron sobre Kasín y con sus sables lo descuartizaron en un abrir y cerrar de ojos.

La esposa de Kasín, mientras tanto, vio que la noche llegaba y se alarmó

porque su marido no regresaba. Entonces, decidió a ir a buscar a Alí Babá: –¡Oh, hermano de mi esposo! Kasín ha ido al bosque y todavía no ha vuelto a pesar de lo avanzado de la noche–. Alí Babá se alarmó también pero tranquilizó a la mujer de su hermano, sabiendo que cualquier búsqueda sería inútil en la noche sombría. Con las primeras luces de la mañana, el leñador abandonó su casa seguido de sus tres asnos. Al aproximarse a la roca con voz temblorosa pronunció las palabras mágicas y entró en la caverna. El espectáculo de los miembros descuartizados de Kasín lo hizo caer, llorando, de rodillas. Recogió de la caverna dos grandes sacos, metió en ellos el cuerpo y, poniéndolos sobre uno de sus asnos, los recubrió cuidadosamente con ramas. Luego, ordenó a la puerta que se cerrase y tomó el camino de la ciudad, entristecido por la muerte de su hermano.

Al llegar a su casa, llamó a su esclava Morgana para que le ayudase a descargar los sacos. Aquella esclava era una joven a la que Alí Babá y su esposa habían recogido de pequeña y criado como si fuese una hija. La joven era agradable, educada e inteligente para resolver cuestiones difíciles. Alí Babá le contó el fin de su hermano, añadiendo: –Su cuerpo está sobre el tercer asno. Es preciso que encuentres algún medio para hacerlo enterrar como si hubiese muerto de muerte natural, sin que nadie pueda sospechar la verdad.

El leñador, entonces, fue a dar la noticia a la esposa de Kasín quien comenzó a dar alardos. Pero Alí Babá supo calmarla para no llamar la atención de los vecinos: –Si en medio de esta desgracia sin remedio que se abate sobre ti –le dijo–, hay alguna cosa capaz de consolarte, yo te ofrezco la mitad de los bienes que Alah me ha dado, pero debemos protegernos de los bandoleros guardando el secreto.

Ella comprendió y evitó divulgar la muerte de su esposo. La joven Morgana, por su parte, no había perdido el tiempo. Había ido a la tienda del mercader de medicamentos y había comprado una especie de jarabe para enfermedades graves. El mercader preguntó quién estaba enfermo en la casa de su amo.

Morgana, suspirando, le había respondido: –¡Oh calamidad! El mal aqueja al hermano de mi amo pero nadie conoce su enfermedad. Está inmóvil, ciego y sordo y su rostro tiene el color del azafrán.

A la mañana siguiente, Morgana fue a ver al mismo vendedor de medicamentos y entre lágrimas y suspiros le pidió un remedio que sólo se da a los enfermos moribundos. Al mismo tiempo, comentó con las vecinas del barrio la grave enfermedad de Kasín, el hermano de su amo. Al amanecer, las gentes del barrio se despertaron oyendo gritos y lamentaciones y no dudaron en pensar que los parientes lloraban la muerte de Kasín.

Pero Morgana no se detuvo en su plan, pensando: –No todo consiste en hacer pasar una muerte violenta por muerte natural; además hay un gran peligro: dejar que la gente se dé cuenta de que el difunto está cortado en seis pedazos–. Sin tardanza, corrió a casa de a un viejo zapatero remendón del lugar que no la conocía; le puso en la mano un dinar de oro y le dijo: –Tu trabajo me es necesario. ¡Levántate y ven conmigo para coser unos cueros!–. Tomó un pañuelo y le vendó los ojos, puso en la mano del zapatero una segunda pieza de oro diciéndole: –Es condición imprescindible que llegues a ciegas, sin poder reconocer el camino que recorres guiado por mi mano–. Y lo condujo a la casa de Alí Babá. Allí le quitó el pañuelo y mostrándole el cuerpo del difunto le dijo: –Cose esos seis trozos que ves allí–. El zapatero retrocedió espantado pero Morgana le puso una nueva moneda de oro en la mano y le prometió otra más si hacía el trabajo rápidamente. Cuando el hombre concluyó la costura, Morgana le volvió a vendar los ojos, le entregó la recompensa prometida y lo condujo hasta la puerta de su tienda.

Una vez que regresó, la muchacha tomó el cuerpo reconstruido de Kasín, lo perfumó con incienso y lo amortajó ayudada por Alí Babá. Después, lo recubrieron con telas adecuadas Y por medio de estas astucias, la verdad de aquella muerte quedaría oculta para siempre.

En cuanto a los cuarenta ladrones, durante un mes se mantuvieron alejados de la cueva para evitar el olor de la putrefacción del cuerpo de Kasín. Pero el



día que regresaron su asombro no tuvo límites al no encontrar los restos. El jefe dijo: —Hemos sido descubiertos. Es preciso que sin pérdida de tiempo matemos al cómplice del muerto. Alguien astuto y audaz debe ir a la ciudad y descubrir dónde habitaba el que hemos descuartizado—. Al momento, uno de los ladrones, exclamó: —Me ofrezco.

El bandido entró en la ciudad; anduvo por uno y otro lado hasta que llegó a la tienda del zapatero. Saludó amablemente y expresó su admiración por el trabajo que el hombre realizaba. —A tu edad —le dijo— conservas la habilidad y la buena vista—. Muy halagado el zapatero respondió: —¡Oh, por Alah, todavía puedo enhebrar la aguja al primer intento y puedo coser los seis trozos de un muerto en el fondo de un sótano poco iluminado!—. El ladrón al oír estas palabras simuló asombro y exclamó: —¡Haz el favor de decirme dónde se levanta la casa en cuyo sótano cosiste los restos del muerto!.

El viejo remendón respondió: —¡Oh, sólo si me vendasen los ojos podría encontrar aquella casa guiándome por las cosas que palpé con mis manos a lo largo del camino!—. El ladrón exclamó: —¡No deseo más que seguir tus indicaciones para dar con la casa en la que suceden cosas tan prodigiosas!—. Y vendando los ojos del zapatero, fue conducido hasta la casa de Alí Babá, en cuya puerta se apresuró a hacer una señal con un trozo de tiza. Después, quitó la venda de los ojos del remendón, lo gratificó con varias piezas de oro y se apresuró a tomar el camino del bosque para anunciar a su jefe el descubrimiento que había hecho.

Pero la joven Morgana regresaba esa tarde de comprar provisiones en el mercado y notó que sobre la puerta había una marca blanca. Corrió a buscar un trozo de tiza e hizo una señal exactamente igual en las puertas de todas las casas de la calle a derecha e izquierda. Cuando los malhechores entraron en la ciudad y se dirigieron a la casa señalada, se asombraron mucho al ver que todas las puertas de aquella calle tenían la misma señal. De inmediato regresaron a la cueva y el jefe dijo: —Me encargaré yo mismo—; y partió solo para la ciudad. Una vez allí, cuando el zapatero le hubo indicado la casa de

Alí Babá, no perdió el tiempo marcando la puerta con tiza sino que observó atentamente para fijar el lugar exacto en su memoria. Regresó al bosque y reuniendo a los treinta y nueve ladrones les dijo: —Traed aquí treinta y ocho grandes tinajas de barro, de vientre ancho, todas vacías, y una más que llenaréis con aceite de oliva. Cuidad de que ninguna esté rajada.

Los ladrones estaban habituados a obedecer sin chistar. Regresaron rápidamente con dos tinajas atadas sobre cada caballo y el jefe dijo: —¡Despojaos de vuestras ropas y que cada uno se meta en una tinaja, llevando únicamente sus armas, su turbante y sus babuchas!—. Los ladrones saltaron sobre los caballos que portaban las tinajas y se dejaron caer en ellas. Quedaron dentro con las rodillas tocando las barbillas, igual que los pollos en el huevo a los veinte días. Cada uno llevaba en la mano su cimitarra. El jefe cerró las bocas de los recipientes con fibra de palmera. Entonces, se disfrazó de mercader de aceite y se dirigió hacia la ciudad. Por la tarde, llegó ante la casa de Alí Babá que estaba sentado en el umbral tomando el fresco.

—Soy mercader de aceite —dijo el jefe de los ladrones— y no sé dónde pasar la noche en una ciudad desconocida—. Alí Babá se acordó de los tiempos en que era pobre y le dijo: —Tú y tus bestias con la carga pueden descansar en el patio de mi casa—. Llamó a Morgana y le ordenó que ayudase al mercader. Luego, invitó a comer a su huésped. Después que hubieron comido y bebido, el jefe de los ladrones dijo: —Muéstrame el sitio de tu casa en el que pueda dar descanso a mis intestinos—. Alí Babá lo condujo al lugar indicado. Al quedar a solas, el hombre se acercó a las tinajas e inclinándose sobre cada una, dijo en voz baja: —Cuando oigas que unas piedrecitas golpean tu tinaja, sal y acude junto a mí—. Morgana lo esperaba en la puerta de la cocina con una lámpara de aceite en la mano para conducirlo a la habitación. Cuando la joven volvió a la cocina, fregando los platos y las cacerolas, se acabó el aceite de la lámpara. Tomó la vasija y fue al patio a llenarla en una de las tinajas. Se aproximó a la primera de ellas, la destapó y metió la vasija en la abertura, pero el cacharro, en lugar de sumergirse en aceite,

chocó contra algo duro y oyó una voz. —¡Por Alah! ¡Este es el momento!—, dijo el bandido sacando la cabeza. —¡No, mozo, no!—, dijo Morgana. Tu amo duerme todavía. Espera a que se despierte. La muchacha, temblando por la sorpresa, lo había adivinado todo. Inspeccionó las demás tinajas y tanteando las cabezas contó otras treinta y ocho; cuando llegó a la última, la encontró llena de aceite, llenó la vasija y fue a encender su lámpara.

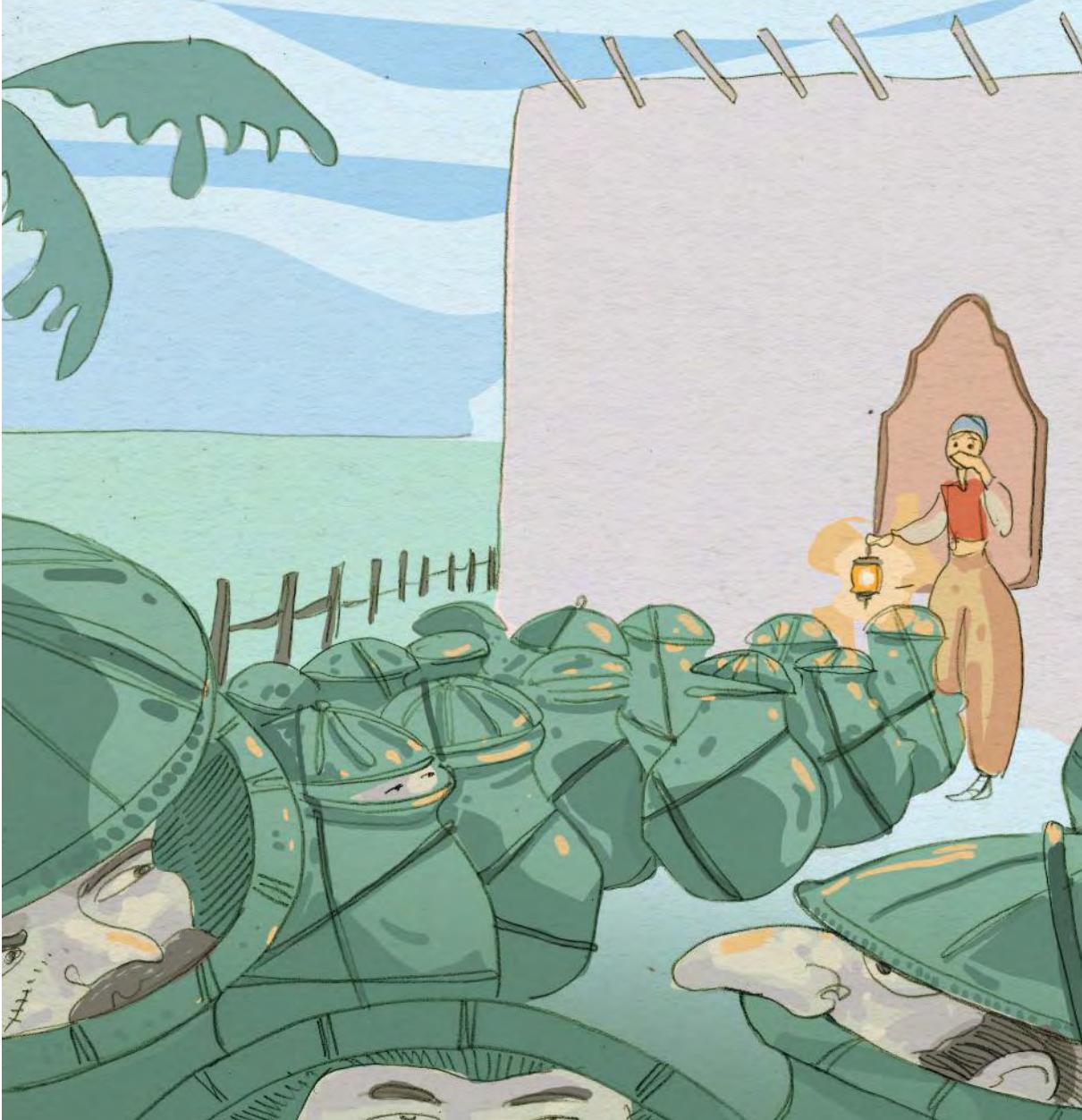
De vuelta en la cocina, hizo hervir un gran cubo con aceite hirviendo y aproximándose a cada tinaja, la destapó y vertió de golpe el líquido caliente sobre las cabezas de los ladrones que al momento murieron abrasados. Morgana volvió a cubrir las bocas de las tinajas con la fibra de palmera, regresó a la cocina, apagó la lámpara y permaneció a oscuras.

A medianoche, el mercader de aceite asomó la cabeza por la ventana que daba al patio y —no viendo ni oyendo nada— pensó que todos los de la casa dormían. Tal como había dicho a sus hombres, arrojó sobre las tinajas unas piedrecillas, pero nada sucedió. Pensando que sus hombres se habían dormido, arrojó más guijarros, pero no apareció cabeza alguna. El jefe de los bandidos se enojó mucho con sus hombres, a los que creía dormidos. Mas, cuando se acercó a las tinajas, debió retroceder por el espantoso olor a aceite quemado que exhalaban. El jefe de los ladrones comprendió de qué manera atroz habían perecido sus hombres y, dando un salto prodigioso, se trepó al muro intentando perderse en la oscuridad de la noche.

Morgana, que había permanecido en las sombras, se abalanzó contra él como un gato salvaje y le clavó en el corazón un puñal que llevaba en su mano derecha. Alí Babá salió al patio y, en el colmo del espanto y la confusión, se lanzó hacia Morgana, que temblorosa por la emoción, limpiaba el puñal en sus vestiduras.

Alí Babá creyó que la joven era víctima del delirio y de la locura, pero ella con voz tranquila dijo: —¡Oh amo! ¡Alabemos a Alah que ha dirigido el brazo de una débil joven para castigar al jefe de tus enemigos!

Mientras hablaba, despojó de su manto al cuerpo y mostró bajo sus largas



barbas al jefe de los bandidos. Alí Babá comprendió que debía su vida y la de su familia al coraje de la joven Morgana. La abrazó, con lágrimas en los ojos, y le dijo: —¡Oh Morgana, hija mía! Para que mi dicha sea completa, ¿quieres entrar definitivamente en mi familia como esposa de mi hijo?—. Morgana besó la mano de Alí Babá y respondió: —Acepto y obedezco.

Los cuerpos de los ladrones se enterraron en secreto en una fosa del jardín y el matrimonio de Morgana con el hijo de Alí Babá se celebró sin tardanza en medio de gran alegría y regocijo.

Al cabo de un año, Alí Babá decidió volver a la caverna en compañía de su hijo y de Morgana. La joven no dejó de observar que los arbustos y las grandes hierbas obstruían por completo el sendero que rodeaba la roca y que en el suelo no había rastro de pisadas humanas ni huellas de caballos. Dijo entonces: —Podemos entrar sin peligro—. Alí Babá pronunció la fórmula mágica: —¡Ábrete, sésamo!—. La roca dejó paso libre a Alí Babá, a su hijo y a la joven Morgana. El antiguo leñador comprobó que nada había cambiado desde su última visita al tesoro. Llenaron de oro y piedras preciosas tres sacos grandes que habían llevado con ellos y, volviendo sobre sus pasos, después de pronunciar la fórmula, salieron de la cueva.





Cuando Sherezade acabó de contar la historia de Alí Babá se calló, sonriendo.

El rey Shariar dijo: —Ciertamente, Sherezade, la joven Morgana no tiene par entre las mujeres de hoy. Bien lo sé yo, que me vi obligado a cortar la cabeza de todas las desvergonzadas de mi palacio.

—No creas, ¡oh rey afortunado!, que todas las historias que has oído hasta ahora pueden valer tanto como la historia de Aladino, que me reservo para la noche próxima, siquieres.

El rey Shariar dijo para sí: —No la mataré hasta después!

Entonces Sherezade sonrió y dijo: —Cuentan que...

Pero en este momento vio aparecer la mañana y se calló, discreta.

ALADINO Y LA LÁMPARA MARAVILLOSA



e llegado a saber, ¡oh rey afortunado!, que en la antigüedad, en una ciudad de la China de cuyo nombre no me acuerdo en este instante, había un hombre llamado Mustafá que era sastre de oficio y pobre de condición. Aquel hombre tenía un hijo llamado Aladino, un niño mal educado y peleador, a quien el padre quiso hacer aprender su oficio. Pero Aladino, que prefería jugar con los muchachos de su barrio, no pudo acostumbrarse a permanecer en la tienda.

Cuando el pobre sastre murió, la madre de Aladino debió vender la tienda para sobrevivir por algún tiempo. Pero pronto el dinero se agotó y la mujer pasaba sus días y sus noches hilando lana y algodón para alimentarse y alimentar a su hijo.

En cuanto Aladino se vio libre de su padre, se pasaba todo el día fuera de casa y regresaba sólo a las horas de comer. Así fue como llegó a la edad de

quince años. Era verdaderamente hermoso y bien formado, con magníficos ojos negros, una tez de jazmín y aspecto seductor.

Un día estaba Aladino en la plaza del zoco con otros vagabundos como él, cuando pasó por allí un misterioso extranjero que se detuvo y lo observó largo rato. El extranjero era un mago conocedor de los astros y con el poder de su hechicería podía hacer chocar unas con otras las montañas más altas. – ¡He aquí por fin –pensaba el extranjero– al joven que busco desde hace largo tiempo!–. Se aproximó a Aladino sonriendo y le dijo: –¿No eres Aladino, el hijo del sastre Mustafá?–. Y él contestó: –Sí, soy Aladino. Pero mi padre hace mucho tiempo que ha muerto–. Al oír estas palabras, el extranjero lo abrazó llorando y el muchacho le preguntó: –¿A qué obedecen tus lágrimas, señor? –¡Ah, hijo mío!, –exclamó el hombre–. Soy tu tío y acabas de revelarme de manera inesperada la muerte de mi pobre hermano. En cuanto te vi descubrí el parecido en tu rostro. ¿Dónde vive tu madre, la mujer de mi hermano? ¡Enséñame el camino de tu casa!–.

Aladino echó a andar y lo condujo. Por el camino, el extranjero contrató un mandadero y los tres se aproximaron a la casa con una carga de frutas, pasteles y bebidas. Aladino se adelantó y dijo a su madre: –¡Se acerca hacia aquí mi tío que viene esta noche a cenar con nosotros!

–¡Cualquiera diría, hijo mío, que quieres burlarte de tu madre! ¿Quién es ese tío de que me hablas?–. Y dijo Aladino: –Aquel hombre que viene por el camino–. Al ver la carga de manjares, se dijo la madre de Aladino: –¡Quizá no conociera yo a todos los hermanos del difunto!–.

–La paz sea contigo, ¡oh esposa de mi hermano!–, saludó el extranjero. La madre de Aladino le devolvió el saludo mientras el mago decía: –No te parezca extraordinario el no haber tenido ocasión de conocerme porque hace treinta años que abandoné este país y partí para el extranjero. Pero un día, estando en mi casa, me puse a pensar en mi hermano y me decidí a emprender el viaje. Y después de prolongadas fatigas acabé por llegar a esta ciudad y Alah permitió que encontrase a este niño jugando y apenas



lo vi, no vacilé en reconocerlo—. La madre de Aladino se emocionó con aquellos recuerdos y, para que olvidara sus tristezas, el extranjero se dirigió a Aladino variando la conversación: —Hijo mío, ¿qué oficio aprendiste para ayudar a tu pobre madre y vivir ambos?

Al oír aquello, avergonzado por primera vez en su vida, Aladino bajó la cabeza mirando al suelo. Y como no decía palabra, contestó en lugar suyo su madre: —¿Un oficio?, ¿tener un oficio Aladino? ¡Se pasa todo el día corriendo con otros niños del barrio, haraganes como él!—. Y se echó a llorar.

Entonces el extranjero se encaró con Aladino, y le dijo: —¡Qué vergüenza para ti, Aladino! Como mi deber es servirte de padre en lugar de mi difunto hermano, mañana volveré por ti para instruirte. Te haré visitar los sitios públicos y los jardines situados fuera de la ciudad para que puedas habituarte al trato de gente distinguida y dedicada al trabajo.

A la mañana siguiente, Aladino y su tío echaron a andar juntos y franquearon las murallas de la ciudad, de donde nunca antes había salido Aladino. Anduvieron por el campo y llegaron por fin a un valle al pie de una montaña. ¡Para llegar a aquel valle había salido el mago de los confines de su país y había viajado hasta los confines de la China!

Entonces dijo: —¡Ya hemos llegado!—. Se sentó sobre una roca y le ordenó a Aladino: —¡Recoge ramas secas y trozos de leña y tráelos!—. Aladino se apresuró a obedecer. —Ya tengo bastante, —dijo el mago—. ¡Retírate y ponte detrás de mí!—. Entonces prendió fuego, sacó del bolsillo una caja de nácar, la abrió y tomó un poco de incienso que arrojó en medio de la hoguera. Se levantó una humareda espesa que el mago agitó con sus manos murmurando fórmulas en una lengua incomprensible para Aladino. Tembló en ese instante la tierra y se abrió en el suelo una abertura de diez codos de anchura. En el fondo de aquel agujero apareció una losa de mármol con una argolla de bronce en el medio.

Al ver aquello, Aladino lanzó un grito y emprendió la fuga. Pero el mago

cayó sobre él de un salto y lo atrapó. Lo miró fijamente y le dio una bofetada tan terrible que Aladino quedó aturdido y cayó al suelo. Sin Aladino, el mago no podía realizar la tarea para la que había viajado. —¡Es preciso que sepas—, dijo —que debajo de esta losa de mármol que ves en el fondo del agujero se halla un tesoro inscripto a tu nombre y no puede abrirse más que en tu presencia! Sólo tú en el mundo puedes levantar esta losa de mármol. ¡Y una vez levantada serás el amo de un tesoro que partiremos en dos porciones iguales, una para ti y otra para mí!

Al oír estas palabras, el pobre Aladino se olvidó de la bofetada recibida y contestó: —¡Oh, tío mío!, ¡mándame lo que quieras!. —¡He aquí, pues, lo que tienes que hacer! ¡Empezarás por bajar al fondo del agujero, tomarás con tus manos la argolla de bronce y levantarás la losa! ¡Sólo tendrás que pronunciar tu nombre y el nombre de tu padre al tocar la argolla!.

Entonces se inclinó Aladino y tiró de la argolla de bronce diciendo: —¡Soy Aladino, hijo del sastre Mustafá!—, y levantó con gran facilidad la losa de mármol. Debajo, vio una cueva con doce escalones que conducían a una puerta de cobre rojo. El mago le dijo:

—¡Aladino, baja a esa cueva! Entra por la puerta de cobre que se abrirá sola delante de ti. Verás cuatro grandes calderas llenas de oro líquido. Pasa sin detenerte y recógete bien el traje porque si tuvieras la desgracia de rozar con tus ropas una de las calderas, al instante te convertirías en una mole de piedra negra. Encontrarás luego un jardín magnífico plantado de árboles agobiados por el peso de sus frutas. ¡No te detengas allí tampoco! Camina hacia adelante y verás frente a ti, sobre un pedestal de bronce, una lámpara de cobre encendida. Tomarás esa lámpara, la apagarás, verterás en el suelo el aceite y te la esconderás en el pecho. ¡Y volverás por el mismo camino! Al regreso podrás detenerte en el jardín y recoger tantas frutas como quieras. Una vez que te hayas reunido conmigo, me entregarás la lámpara.

Entonces el mago se quitó un anillo que llevaba y se lo puso a Aladino en el pulgar, diciéndole: —Este anillo, hijo mío, te pondrá a salvo de todos los peligros.





Aladino bajó corriendo por los escalones de mármol. Sin olvidar las recomendaciones del mago, a quien todavía creía su tío, atravesó con precaución el lugar evitando rozar las calderas; cruzó el jardín sin detenerse, vio la lámpara encendida y la tomó. Vertió en el suelo el aceite y la ocultó en su pecho en seguida, sin temor a mancharse el traje. Volvió luego sobre sus pasos y llegó de nuevo al jardín.

Observó que los árboles estaban agobiados bajo el peso de las frutas de formas, tamaños y colores extraordinarios. Las había blancas, de un blanco transparente como el cristal o de un blanco turbio como el alcanfor. Y las había rojas, de un rojo como los granos de la granada o de un rojo como la sangre. Y las había verdes, azules, violetas y amarillas. El pobre Aladino no sabía que las frutas blancas eran diamantes, perlas de nácar y piedras lunares; que las frutas rojas eran rubíes, carbunclos y coral; que las verdes eran esmeraldas, jades y aguamarinas; que las azules, eran zafiros y turquesas; que las violetas eran amatistas; que las amarillas eran topacios y ágatas. Caía el sol sobre el jardín y los árboles despedían brillos como llamas de fuego de todas sus frutas.

Entonces, se acercó Aladino a uno de aquellos árboles y recogió frutas de todos los colores, llenándose con ellas el cinturón, los bolsillos y el forro de la ropa. Agobiado por el peso, se ciñó cuidadosamente el traje y lleno de prudencia atravesó la sala de las calderas, llegó a la escalera y vio en la puerta al mago. El mago no tuvo paciencia para esperar a que llegase y le dijo: —¿Dónde está la lámpara, Aladino? Dámela ya, ya mismo—. Aladino contestó: —¿Cómo quieres que te la dé tan pronto si está entre todas las bolas de vidrio con que me he llenado la ropa por todas partes? ¡Déjame antes salir de este agujero y así podré sacarme del pecho la lámpara y dártele!—. Pero el mago supuso que Aladino quería guardarse la lámpara y le gritó con una voz espantosa como la de un demonio: —¡Oh, hijo de perro!, ¡dame la lámpara enseguida o morirás!.

Aladino temió recibir otra violenta bofetada y se dijo: —¡Más vale resguardarse!

¡Voy a entrar de nuevo en la cueva mientras se calma!–. Al ver aquello, el mago lanzó un grito de rabia y al momento la losa se cerró y Aladino quedó encerrado en la cueva subterránea. El mago, furioso y echando espuma, se alejó por el camino. Seguramente volveremos a encontrarlo.

Desesperado, el muchacho empezó a dar gritos, prometiendo a su tío que le daría al momento la lámpara. Pero sus gritos no fueron oídos por el mago, que ya se encontraba lejos. Aladino empezó a dudar de aquel hombre. Se veía enterrado vivo y empezó a restregarse las manos como hacen los que están desesperados. De ese modo, frotó sin querer el anillo que llevaba en el pulgar y vio surgir de pronto ante él un inmenso efrit, negro y brillante como el betún, con la cabeza como un caldero y ojos rojos llameantes. Se inclinó ante Aladino y con una voz retumbante cual el rugido del trueno, le dijo: –¡Aquí tienes a tu esclavo! ¡Soy el servidor del anillo en la tierra, en el aire y en el agua! ¿Quéquieres?–. Aladino quedó aterrado pero cuando pudo mover la lengua, contestó: –¡Oh efrit, sácame de esta cueva!

Apenas pronunció estas palabras, se vio transportado fuera de la cueva. Aladino se apresuró a regresar sin volver la cabeza hacia atrás. Llegó extenuado a la casa donde lo esperaba su madre. Aladino le pidió de beber y de comer. Se vació el cántaro de agua en la garganta y comió de prisa. Cuando se sintió satisfecho, dijo a su madre: –¡El que creíamos mi tío, oh madre mía, es un maldito hechicero, un mentiroso, un demonio!–. Luego se detuvo un momento, respiró con fuerza y contó cuanto le había sucedido. Cuando hubo acabado su relato, dejó caer la maravillosa provisión de frutas transparentes y coloreadas que había recogido en el jardín. Y también cayó entre las piedras de colores la vieja lámpara por la que tanto se había enfurecido el mago.

La madre apretó contra su pecho a Aladino, lo besó llorando y dijo: –¡Demos gracias a Alah que te ha sacado sano y salvo de manos de ese hechicero traidor y maldito!–. Aladino no tardó en dormirse.

Al despertarse, el muchacho pidió el desayuno pero su madre le dijo: –¡Ten

paciencia! Iré a vender un poco de algodón y te compraré pan con lo que obtenga. —Deja el algodón —señaló Aladino—, y ve a vender esa lámpara vieja que traje de la cueva—. La madre tomó la lámpara y se puso a limpiarla para sacar por ella el mayor precio posible. Pero apenas había empezado a frotarla cuando surgió un espantoso efrit, más feo que el de la cueva, que dijo con voz ensordecedora: —¡Aquí tienes a tu esclavo! ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro! —¿Qué quieres?—. La madre de Aladino se quedó inmóvil por el terror. Pero Aladino, que estaba ya un poco acostumbrado a caras de aquella clase, se apresuró a quitar la lámpara de las manos a su madre. La tomó con firmeza y dijo al efrit: —¡Oh servidor de la lámpara! ¡Tengo hambre y deseo alimentos exquisitos!—. El genio desapareció para volver al instante con una gran bandeja llena de manjares. Aladino y su madre se pusieron a comer con gran apetito. Desde entonces, no abusaron de los beneficios del tesoro que poseían. Continuaron llevando una vida modesta, distribuyendo entre los pobres lo que les sobraba. Entre tanto, Aladino no perdió ocasión de instruirse dialogando con los mercaderes distinguidos y las personas de buen tono que frecuentaban el zoco.

Un día, vio cruzar a dos pregoneros del sultán y los oyó gritar al unísono en alta voz: —¡Oh vosotros, mercaderes y habitantes! ¡Por orden del sultán, cerrad vuestras tiendas al instante porque va a pasar la perla única, la maravillosa, Badrul-Budur, la luna llena, hija de nuestro sultán!

Al oír el pregón, Aladino deseó ver pasar a la hija del sultán y fue a toda prisa a esconderse detrás de una puerta para mirarla a través de las hendiduras. Y he aquí que apareció ante sus ojos una belleza que superaba cuanto pudiera decirse. Era una joven de quince años, con una cintura como la rama más tierna de los árboles. Su frente deslumbraba como el cuarto creciente de la luna; con ojos negros como los ojos de la gacela sedienta, una boca con labios encarnados, la tez blanca, los dientes como granizos y un cuello de tórtola. Aladino sintió bullir su sangre tres veces más deprisa.





—¡Oh madre! —dijo al llegar a su casa—, he visto a la princesa Badrul-Budur, hija del sultán y no tendré reposo mientras no la obtenga en matrimonio! Tú serás quien vaya a hacer al sultán esa petición—. Ella exclamó: —¿Dónde están los regalos que deberé ofrecer al sultán como homenaje?—. El joven contestó: —Has de saber, ¡oh madre!, que las frutas de colores que traje del jardín subterráneo son pedrerías valiosísimas. ¡Trae de la cocina una fuente de porcelana!—. Aladino colocó con mucho arte las piedras en la fuente, combinando los colores, las formas y las variedades. Su madre no pudo menos que exclamar: —Qué admirable es esto!

Cuando el sultán, que era justo y benévolos, vio a la madre de Aladino, le dijo: —¡Oh mujer! ¿Qué traes en ese pañuelo que sostienes por la cuatro puntas?—. La madre de Aladino desató el pañuelo en silencio. Al punto se iluminó el lugar con el resplandor de las piedras y el sultán quedó deslumbrado de su hermosura. La madre le trasmitió entonces la petición de su hijo. El rey dijo: —El joven Aladino, que me envía un presente tan hermoso, merece que se acoja su petición de matrimonio con mi hija Badrul-Budur. Le dirás, pues, que se efectuará el matrimonio cuando me haya enviado lo



que exijo como dote: cuarenta fuentes de oro macizo llenas hasta los bordes de las mismas pedrerías en forma de frutas como las que envió en la fuente de porcelana. Estas fuentes serán traídas a palacio por cuarenta esclavas jóvenes, bellas como lunas, formadas en cortejo.

Cuando escuchó de su madre la petición del sultán, Aladino se limitó a sonreír. Se apresuró a encerrarse en su cuarto, tomó la lámpara y la frotó. Al punto apareció el efrit: –¡Aquí tienes a tu esclavo! ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro! –¿Qué quieres?–. Aladino expresó su pedido y al cabo de un momento regresó el efrit seguido por las esclavas portando sobre sus cabezas las fuentes de oro macizo.

Y he aquí que el sultán recibió al cortejo en la parte más alta de la escalinata de su palacio. Hasta allí ascendió Aladino, ricamente ataviado, y el sultán le dijo: –En verdad, Aladino, ¿qué rey no anhelaría que fueras el esposo de su hija? –¿Cuándo deseas que se celebre la boda?–. Y contestó Aladino: –Oh sultán! Mi corazón está ansioso por celebrar la boda esta misma noche.

Sin embargo, deseo antes hacer construir un palacio digno de Badrul-Budur. ¡Te ruego que me otorgues el vasto terreno situado frente a tu palacio a fin de que mi esposa no esté muy alejada de su padre y yo mismo esté siempre cerca para servirte! ¡Por mi parte, me comprometo a hacer construir este palacio en el plazo más breve posible!–. Dicho esto, Aladino se despidió del sultán y regresó a su casa.

En cuanto entró, se retiró a su cuarto completamente solo. Tomó la lámpara mágica y la frotó como de ordinario. Al punto apareció el efrit: –¡Aquí tienes a tu esclavo! ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro! ¿Quéquieres?–. –¡Oh efrit de la lámpara! ¡Construye un palacio que sea digno de mi esposa, la hija del sultán! Traza en medio de ese palacio un jardín hermoso, con estanques y saltos de agua y plazoletas espaciosas.

He aquí que al despuntar el día se alzaba, frente al palacio del sultán, un palacio con una torre de cristal y un jardín hermoso, con estanques, saltos de agua y plazoletas espaciosas. Una magnífica alfombra de terciopelo se extendía entre las escalinatas de uno y otro palacio.

Se celebró entonces la boda. La madre de Aladino salió ataviada con dignos trajes en medio de doce jóvenes que le servían de cortejo. La princesa Badrul-Budur se levantó de su lugar para recibirla con ternura. Luego, apoyándose en la madre de Aladino, que iba a su izquierda, y seguida de cien jóvenes esclavas, se puso en marcha hacia el nuevo palacio donde la esperaba Aladino. Salió él a su encuentro sonriendo y ella quedó encantada de verlo tan hermoso y brillante.

Aladino, lejos de envanecerse con su nueva vida, tuvo cuidado de hacer el bien a su alrededor y de socorrer a las gentes pobres porque no había olvidado su antigua miseria.

Un día, aquel hechicero que había engañado a Aladino, quiso saber qué había sido del joven. Preparó su mesa de arena adivinatoria, se sentó sobre una estera cuadrada en medio de un círculo trazado con rojo, alisó la arena



y murmuró ciertas fórmulas: —¡Oh arena del tiempo! ¿Qué ha sido de la lámpara mágica? ¿Cómo murió el miserable Aladino?—. Agitó entonces la arena y nacieron en ella diversas figuras. En el límite de la sorpresa, el mago descubrió que Aladino no estaba muerto y que era dueño de la lámpara mágica. Cuando se enteró resolvió vengarse de él y destruir las felicidades de las que gozaba. Y sin vacilar se puso en camino para la China y llegó al palacio de Aladino. Fue al zoco, entró en la tienda de un mercader de lámparas de cobre y adquirió una docena completamente nuevas. Pagó sin regatear y las puso en un cesto. Entonces se dedicó a recorrer las calles con el cesto de lámparas, gritando: —¡Lámparas nuevas! ¡Cambio lámparas nuevas por otras viejas!

Tanta maña se dio, que la princesa Badrul-Budur, en ausencia de Aladino, oyó aquel pregón insólito y abrió una de las ventanas. Una de las mujeres le dijo: —¡Oh mi señora! ¡Precisamente hoy, al limpiar el cuarto de mi amo Aladino, he visto en una mesita una lámpara vieja de cobre! ¡Permíteme que vaya a enseñársela a ese viejo para ver si realmente está tan loco y consiente en cambiarla por una lámpara nueva!—. La princesa Badrul-Budur ignoraba completamente las virtudes maravillosas de aquella lámpara y contestó: —¡Desde luego!—.

Cuando el mago vio la lámpara, la reconoció al primer golpe de vista y tendió la mano con la rapidez del buitre que cae sobre la tórtola; tomó la lámpara y se la guardó en el pecho. Luego presentó el cesto, diciendo: —¡Elige la que más te guste!—. Hecho el cambio, el mago echó a correr y cuando llegó a un barrio desierto, se sacó del pecho la lámpara y la frotó.

El efrit de la lámpara respondió también a esta llamada, pues obedecía a quien fuese el poseedor de la lámpara: —¡Aquí tienes a tu esclavo! ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro! ¿Quéquieres?—. Entonces el mago le dijo: —¡Oh efrit! te ordeno que transportes a mi país el palacio que edificaste para Aladino con todos los seres y todas las cosas que contiene! ¡Y también me transportarás a mí



con el palacio!–. En un abrir y cerrar de ojos, el mago se encontró en su país, en el palacio de Aladino. ¡Y esto es lo referente al hechicero!

Al despuntar el alba retornó Aladino de una cacería, rodeado por un grupo de hombres. Como hacía habitualmente, al atravesar el último cruce del camino, alzó su cabeza para observar el palacio. Y miró, pero no vio ni palacio, ni jardín, ni huella de palacio o de jardín, sino el inmenso terreno desierto, tal como estaba el día en que dio al efrit de la lámpara orden de construir aquella morada maravillosa. Sintió tal dolor y tal conmoción que estuvo a punto de caer desmayado. Miró a los hombres de su escolta y empezó a preguntar con torvos ojos: –¿Dónde está mi palacio? ¿Dónde está mi esposa?–. Todos pensaron que había perdido la razón.

Aladino se alejó rápidamente, salió de la ciudad y comenzó a errar por el campo hasta llegar a las orillas de un gran río, presa de la desesperación, diciéndose: –¿Dónde hallarás tu palacio, Aladino, y a tu esposa Badrul-Budur? ¿A qué país desconocido irás a buscarla, si es que está viva todavía?–. Se puso en cuclillas a la orilla del río, tomó agua en el hueco de las manos y se frotó los dedos tratando de reanimarse. Y he aquí que, al hacer estos movimientos, frotó el anillo que el mago le había dado en la cueva. Al momento apareció el efrit del anillo: –¡Aquí tienes a tu esclavo! ¡Soy el servidor del anillo en la tierra, en el aire y en el agua! ¿Quéquieres?–. Aladino lo reconoció, se puso de pie y dijo al efrit: –¡Oh, efrit del anillo! Te ordeno que me transportes al lugar en que se halla mi palacio y me dejes debajo de las ventanas de mi esposa, la princesa Badrul-Budur.

Apenas formuló esta petición, Aladino se vio en medio de un jardín magnífico, debajo de las ventanas de la princesa. A la vista de su palacio, sintió Aladino tranquilizársele el alma. Aquella tarde, la servidora de la princesa abrió una de las ventanas y miró hacia fuera, diciendo: –¡Oh mi señora! ¡Mi amo Aladino está bajo las ventanas del palacio!

Badrul-Budur se precipitó a la ventana y gritó: –¡Oh querido mío!, ¡mi servidora va a abrirte la puerta secreta!–. Aladino subió al aposento y ambos







se besaron, ebrios de alegría. Aladino dijo a su esposa: —¡Oh, Badrul-Budur! Antes que nada tengo que preguntarte qué ha sido de la lámpara de cobre que dejé en mi cuarto antes de salir de caza—. Exclamó la princesa: —Esa lámpara es la causa de nuestra desdicha—. Y contó a Aladino lo que había ocurrido en el palacio en su ausencia. Y concluyó diciendo: —Después de transportarnos aquí, el maldito mago ha venido a revelarme lo ocurrido—. Entonces Aladino, sin hacerle el menor reproche, le preguntó: —¿Y qué desea hacer ahora ese maldito?—. Ella dijo: —Viene cada atardecer y trata por todos los medios de seducirme. Para vencer mi resistencia no ha cesado de afirmar que has muerto—. —Dime ahora, ¡oh Badrul-Budur! ¿Sabes en qué sitio del palacio está escondida la lámpara?—. —La lleva en el pecho continuamente—. Entonces Aladino pidió quedarse a solas, frotó el anillo mágico y dijo al efrit: —¡Oh, efrit del anillo! Te ordeno que me traigas una onza de polvo soporífero—. Cuando obtuvo lo que deseaba, Aladino llamó a su esposa y le dio instrucciones respecto a lo que harían con el mago. Entonces la princesa mandó a sus mujeres que la peinaran y se hizo vestir con el traje más hermoso de sus arcas. Perfumada y más bella que de costumbre, se tendió sobre los almohadones, esperando la llegada del mago.

No dejó éste de ir a la hora anunciada. Y la princesa, con una sonrisa, lo invitó a sentarse junto a ella y le dijo: —¡Oh mi señor! Estoy por fin convencida de que Aladino ha muerto y mis lágrimas no le darán vida. Por eso he renunciado a la tristeza. ¡Te ofrezco los refrescos de amistad!—. Se levantó, mostrando su deslumbradora belleza, se dirigió a la mesa y discretamente echó el soporífero en la copa de oro que había en ella. El mago tomó la copa, se la llevó a los labios y la vació de un solo trago. ¡Al instante fue a caer a los pies de Badrul-Budur!

Aladino salió del escondite en el que aguardaba, se precipitó sobre el mago y le sacó del pecho la lámpara. Corrió hacia una alcoba solitaria, frotó la lámpara y al punto vio aparecer al efrit: —¡Aquí tienes a tu esclavo! ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde



me arrastro! ¿Qué quieres? – ¡Oh efrit de la lámpara! – dijo Aladino. Te ordeno que transportes este palacio, con todo lo que contiene, a la capital del reino de la China. Sin tardar más tiempo del que se necesita para cerrar y abrir un ojo, el palacio estuvo nuevamente frente al palacio del sultán.

Aladino invocó entonces al efrit y le ordenó que se llevara el cuerpo del mago y lo quemara en medio de la plaza sobre un montón de estiércol.

– ¡Oh Badrul-Budur! – dijo a su esposa –, ¡demos gracias a Alah que nos ha librado por siempre de nuestro enemigo! –. Se arrojaron uno en brazos de otro y desde entonces vivieron una vida feliz.

Tuvieron dos hijos hermosos como lunas. De nada careció su dicha hasta la llegada inevitable de la separadora de amigos, la muerte.





Cuando Sherezade acabó de contar la historia de Aladino se calló sonriendo.

El rey Shariar dijo: —Es, sin duda, una historia extraordinaria.

—No creas, ¡oh rey afortunado!, que es tan extraordinaria como la que me reservo para la noche próxima, si quieres.

El rey Shariar dijo para sí: —No la mataré hasta después!

Entonces Sherezade sonrió y dijo: —Cuentan que...

Pero en este momento vio aparecer la mañana y se calló, discreta.

DE CÓMO SHEREZADE Y EL REY VIVIERON FELICES



A lo largo de tres años, noche a noche, Sherezade contó al rey historias tan maravillosas como las que acabáis de leer. Entre tanto, la joven había dado al rey tres hermosos hijos varones.

En la noche mil uno, Sherezade despidió a su hermana Doniazada, se presentó ante el rey Shariar, se inclinó ante él para besar el suelo en señal de respeto y dijo: —¡Oh, rey Shariar, esposo mío! Tu esposa lleva ya mil y una noches contándote historias de tiempos muy remotos. ¡Solicito ahora tu permiso para expresar un deseo!

—Pide, Sherezade, —dijo el rey— y lo que pidas te será concedido.

Sherezade dio una indicación a las esclavas que se hallaban cerca de la alcoba. La primera de ellas era nodriza de su hijo mayor que ya caminaba solo; la otra, se ocupaba del segundo de los niños que ya gateaba; la tercera, llevaba en sus brazos

al hijo más pequeño que todavía se alimentaba de la leche materna.

La joven les indicó: –¡Entrad!–. Puso a sus hijos delante del rey y volvió a inclinarse y a besar el suelo: –¡Oh, rey Shariar, esposo mío! Contempla a tus hijos. Te ruego que me permitas vivir para atenderles. Si me matas, estos niños se quedarán sin madre.

El rey Shariar sintió que su vista se nublaba a causa de las lágrimas. Estrechó a los niños contra su pecho e indicó a las nodrizas que lo dejaran a solas con su esposa.

–¡Sherezade! –exclamó entonces el rey–. Tus historias han hecho desvanecer el odio que ardía en mi corazón. Eres noble y digna madre de mis hijos. ¡Alah te ha bendecido, a ti, a tu padre, a tu madre, a tus antepasados y a tus hijos! El mismo Alah es testigo de que yo te liberaré de cualquier mal.

La alegría se propagó por el palacio y se difundió por todo el reino. –¡Noble visir! –dijo el rey –, ¡Alah te recompensará por haberme dado por esposa a tu hija! Ella ha sido la causa de que me arrepintiera por haber dado muerte a tantas jóvenes doncellas del reino. Sus relatos serán recordados por muchas generaciones. ¡Alah me ha dado con ella tres hijos varones! ¡Agradezco a Alah por tan grandes bienes!

El rey colmó entonces a su visir de regalos. Luego, ordenó engalanar la ciudad durante treinta días y perdonó a los habitantes el pago de los impuestos. La gente del reino adornó sus casas y se iluminaron las calles como nunca antes hasta entonces. Se escuchaba en las plazas el alegre sonido de los tambores y de las flautas.

El rey Shariar recorrió los barrios más pobres entregando a todos bellos regalos. Desde aquella noche, los habitantes del reino recibieron un trato más justo y fueron gobernados con serenidad y paz.

Sherezade y el rey Shariar vivieron una vida feliz hasta que los visitó la destructora de dulzuras, la constructora de tumbas, la muerte.

¡Pero Alah, es el más grande! ¡A él rogamos que nos conceda un buen fin!



GLOSARIO

CIMITARRA: especie de sable de hoja curvada utilizado por persas y turcos.

EFRIT: en la mitología popular árabe, los efrit eran un tipo de genio dotado de gran poder y capaz de realizar tanto acciones buenas como malas.

FAQUÍN: persona que se gana la vida con trabajos temporarios o haciendo mandados.

SÉSAMO: semilla comestible muy apreciada en Oriente.

ZOCO: mercado tradicional de la cultura árabe, donde se desarrollaba la mayor parte de la actividad económica y de la vida social de las ciudades.



LAS MIL Y UNA NOCHES...

es una gran antología de cuentos orientales. Durante siglos, el pueblo se reunía principalmente en los zocos a escuchar los relatos de boca de contadores profesionales. De esa tradición provienen la mayoría de los relatos incluidos en la antología.

Esta selección incluye tres historias muy difundidas: "Simbad el Marino", "Aladino y la lámpara maravillosa" y "Alí Babá y los cuarenta ladrones". Como se descubrirá al avanzar en la lectura, las tres forman parte del conjunto de cuentos que la bella Sherezade narra al rey Shariar para salvar su vida y, gracias a los cuales, gana la confianza y el amor del rey y logra transformar su corazón endurecido por el desengaño.



Algunos de los cuentos de *Las Mil y Una Noches* relatan riesgosas aventuras y presentan a hechiceros y genios que brotan de lámparas y anillos. Otros refieren maravillosas historias de amor que podrán ser descubiertas por los jóvenes lectores dentro de algunos años. ¡Ojalá que sientan pronto deseos de leer muchos otros de los cuentos de esta extraordinaria colección y decidan buscarlos en ediciones más extensas o en Internet!





TRAS CASARSE CON UN DESPECHADO REY,
QUE MATA A SUS ESPOSAS EL DÍA POSTERIOR A
SUS BODAS, LA JOVEN SHEREZADE SALVA SU
VIDA NOCHE TRAS NOCHE ENTRETENIÉNDOLO
CON MARAVILLOSAS HISTORIAS DEL PASADO.
ENTRE ESAS HISTORIAS ESTÁN LAS DE SIMBAD, EL
MARINO, ALADINO Y ALÍ BABÁ, PROTAGONISTAS,
JUNTO A SU NARRADORA, DE LAS AVENTURAS
QUE ESTE VOLUMEN COMPILA.